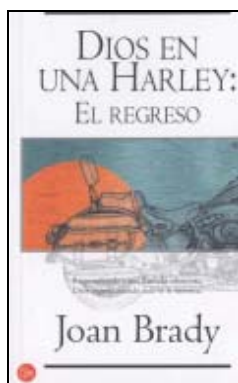


DIOS EN UNA HARLEY: EL REGRESO



Respondiendo a una llamada silenciosa, Dios regresa cuando más se lo necesita

JOAN BRADY

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN



Para descargar de Internet:
"ELEVEN" – Biblioteca del Nuevo Tiempo
Rosario – Argentina

Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu
Libros de Luz: <http://librosdeluz.tripod.com>

Dios en una Harley: El regreso

2002 BY JOAN BRADY

By nascav

CONTRAPORTADA

Antes de conocer a Jim y enamorarse de él, Christine se había enamorado de su música. Ahora es su marido, y está claro que nunca llegará a ser una estrella del rock. Su situación económica no es muy buena. Ha pasado mucho tiempo desde que Dios la visitó –bajo la insólita apariencia de un joven montado en una Harley Davidson- para indicarle el camino hacia la felicidad con sus palabras sencillas y sabias. Tanto, que casi le parece un sueño. Cuando se casó con Jim estaba segura de que jamás volvería a sentirse sola. Sin embargo, el fuego de la relación se ha extinguido y percibe, con inquietud, que la vida se le escapa de las manos. Se siente insegura en su papel de madre, agotada, desilusionada e insatisfecha. La angustia que se acumula en su pecho está a punto de ahogarla. Ha olvidado que tiene un amigo que nunca la abandonará y que responderá a su llamada silenciosa...



UNO

A las cuatro y media de la madrugada, me levanté de la cama y me vestí apresuradamente en la oscuridad. En fin, si es que a eso se le puede llamar vestirse. De hecho, alargué el brazo para agarrar el sujetador, me lo abroché en la cintura y luego me lo subí y pasé los brazos por los tirantes. Todo sin quitarme la enorme camiseta turquesa con la que dormía. Después me embutí en unos pantalones cortos de deporte, de esos elásticos, mientras metía los pies en un par de sandalias antediluvianas, que ya se habían amoldado a mis juanetes.

Eché una rápida mirada a la amodorrada masa de extremidades y pelo alborotado que era mi marido (aunque yo no debería hablar demasiado). El ojo inexperto podría creerlo casi en estado vegetal, pero yo sabía por años de experiencia que hasta la más ligera llamada de los niños le hacía saltar de la cama disparado. Es bueno para eso.

Me cepillé los dientes a la tenue luz de las farolas de la calle, que se filtraba por la ventana del cuarto de baño. Después busqué a tientas un bote de crema hidratante y me unté una fina capa en la cara. Con las llaves bien agarradas para que no hicieran ruido, me dirigí de puntillas hacia el portal, sorteé a la perra todavía dormida y salí a la bochornosa y húmeda mañana de Nueva Jersey.

Silenciosamente, pasé junto a la camioneta de Jim, de principios de los ochenta, y me fijé en que estaba aparcada en un ángulo algo raro. Miré por la ventana de atrás y vi que no había descargado los instrumentos musicales después del concierto de la noche anterior en el Harold's. Eso sólo podía significar dos cosas: que había llegado a casa mucho más tarde de lo normal y demasiado cansado para descargar el equipo o que se había tomado unas cuantas copas con los chicos después de cerrar.

Probablemente ambas cosas.

Como de costumbre, la noche anterior yo había aparcado mi Toyota junto al bordillo, lo más lejos posible de la caja de cerillas que teníamos por casa. Siempre me levanto temprano para hacer la compra en los supermercados que están abiertos toda la noche y no quiero que el ruido del viejo motor despierte a los niños. Joey tiene nueve años y Gracie, siete, y para su edad tienen el sueño sorprendentemente ligero.

Giré la llave en el contacto y automáticamente apagué la radio. A buen seguro, ése sería el único momento durante las próximas veinticuatro horas en el que tendría garantizada una absoluta soledad, y mi intención era disfrutar de cada uno de sus segundos. Nunca pensé que llegaría el día en que me gustaría hacer la compra en plena noche, pero esta extraña rutina se había ido convirtiendo con los años en un ritual sagrado para mí, una especie de cita conmigo misma.

Me recogí el pelo con una goma y partí hacia las calles todavía desiertas y oscuras. En lo alto de la colina doblé a la derecha a la altura de una señal que decía: «Vuelva pronto a Neptune City», y que siempre me ha hecho gracia, porque a sólo unas cuantas manzanas hay otra en la que se lee: «Bienvenido a Neptune City». Como en muchas de las pequeñas localidades costeras que se extienden a lo largo de la costa de Jersey, si estornudas un par de veces mientras conduces, puedes atravesar literalmente toda una población sin ni siquiera enterarte.

Las minúsculas poblaciones que bordean la costa son como las piezas de un complicado rompecabezas. El litoral de Jersey a menudo pasa desapercibido bajo la sombra gigantesca y algo opresiva de las tres grandes

ciudades que lo rodean: Filadelfia al oeste, Nueva York al norte y Atlantic City al sur, por no mencionar la capital de la nación, un poco más al sur. Yo siempre he creído que para llegar a percibir realmente los matices que ofrece esta zona tan hermosa y pintoresca, se requiere cierto grado de sofisticación. Por ejemplo, la mayor parte de la población del cercano municipio de Ocean Grove está compuesta por ancianos; de ahí que la llamen «Ocean Grave».

Sin embargo, aunque muchas de esas poblaciones tengan nombres estrafalarios, no hay nada vulgar en el modo en que el sol asoma su ardiente cabeza por el horizonte en Avon-by-the-Sea, o en la forma en que la luna proyecta un camino plateado sobre el agua en Bradley Beach, o en cómo las estrellas decoran el cielo, claro y sin contaminar, de Neptune City.

Éstos son los pensamientos que me pasaban por la cabeza mientras conducía sin prisas hacia las brillantes luces de nuestro magnífico supermercado recién abierto, el Shop-Well. A pesar del crónico y grave estado de falta de sueño en el que vivo, esa hora de la madrugada parece despertar una faceta tímida y reservada de mi alma. Disponer de un rato para pensar es como tener el mundo para mí sola. A esta hora, el día todavía es un recién nacido, cargado de paz, promesas y potencial: de todas esas cosas que recuerdo que sentía hace un millón de años, cuando era joven y soltera.

Tenía treinta y ocho años cuando me casé, no era ninguna niña, así que sé muy bien que mi vida era distinta al frenesí que ahora comparto con Jim y los niños. Pero parece que no puedo recordar gran cosa de entonces. El matrimonio y la maternidad han acelerado vertiginosamente el discurrir de mis días hasta el punto de que mi vida se ha convertido en una locura de actividad.

Creedme si os digo que, durante esos primeros treinta y ocho años de mi existencia, me pasaron un montón de cosas interesantes; cosas sobre las que no he hablado con nadie. Lo poco que todavía recuerdo me parece casi surrealista, como si se tratara de un sueño vagamente familiar. A veces me pregunto si todo aquello llegó a suceder de verdad.

En aquel entonces, pasé por un largo y doloroso período de citas con hombres de todo tipo (la mayoría del tipo equivocado) antes de acabar tropezando con Jim Ma Guire, un músico prometedor muy popular en la zona. Había comprado el único CD que ha grabado cuando lo oí una noche en una tienda de música cercana a la playa. Me había quedado sorprendida y profundamente impresionada por su belleza. Aunque hasta entonces no había oído hablar de Jim Ma Guire, me sentí instantáneamente atraída hacia él por su música, como una paloma mensajera que, de repente, se encuentra cerca de su destino final.

En aquella época, yo hacía el turno de tres a once en el Centro Médico Metropolitano y vivía en una romántica casita de playa alquilada. Me había apuntado a la filosofía del «menos es más» y no tenía mucho de nada. Tal como lo veía, cualquier cosa que no cupiera en el asiento trasero de mi coche no era más que un estorbo. Por increíble que parezca, en aquellos tiempos ni siquiera tenía despertador. Me decía que si no era capaz de levantarme a tiempo para llegar a mi turno a las tres, es que tenía problemas mucho más serios que un estilo de vida minimalista. La palabra «responsabilidad» sólo significaba algo durante la semana laboral de treinta y dos horas que había escogido. Era completamente ajena a conceptos como hipoteca, aparatos dentales y fondos para la universidad; temas que han acabado por consumirme.

Alrededor de media noche solía dejarme caer por un antro llamado The Cave, donde Jim solía amenizar la noche con su saxofón. Me enamoré de la música de Jim mucho antes de conocernos, lo cual en aquel momento consideré muy buena señal. Quiero decir que la música sale de algún lugar del alma, así que en cierto modo, me imaginé que el alma de Jim llamaba a la mía con su música, y todo parecía ser perfecto. No quiero parecer cursi, pero cuando el sacerdote nos declaró marido y mujer, un escalofrío me recorrió la espalda, porque sentí la increíble sensación de que Dios mismo había bendecido nuestro matrimonio.

Tras convertirme oficialmente en la señora de James Ma Guire, pensé que lo peor ya había pasado. Me avergüenza admitirlo, pero supongo que di por sentado que una vez casada con el hombre al que amaba todo iría bien. Estaba convencida de que haber encontrado por fin a mi alma gemela sería la clave del éxito de mi matrimonio. Una vez superado aquel obstáculo, creí ingenuamente que todos los demás componentes de nuestra relación (cosas como el trabajo, el dinero y la familia) irían encajando por sí solos en un colage enorme y feliz. Entonces no sabía que encontrar a tu media naranja es sólo una pequeña parte de lo que hace funcionar una relación. Yo había creído ciegamente que el amor romántico era la respuesta a absolutamente todo, y que estar casada significaba que jamás volvería a estar sola.

Qué equivocada estaba.

La carrera de Jim no terminó de despegar del modo en que habían pronosticado los entendidos en música que corrían por la costa. El público, amante inconstante, fue desplazando su atención hacia los roqueros más jóvenes que crecían a la sombra de Jim. Aunque él sostenía que nunca había compartido esas grandiosas expectativas de éxito y fortuna, yo noté un cambio sutil, casi insignificante, en la conducta de mi marido. Observé que algo se apagaba en su mirada cuando se unió a una banda local y empezó a tocar en cualquier sitio que conseguía.

Hacia el final de nuestro primer año de casados, noté que la desilusión iba erosionando la confianza de Jim en sí mismo y amenazaba con arrebatárle su talento artístico. Oía su desencanto en las notas que salían de su

* Tumba oceánica. (N. de la T.)

saxo; lo notaba en sus dedos cuando me tocaba de formas que antaño me habían hecho temblar; lo saboreaba en los templados besos, que se habían vuelto tan mediocres como su música. Jim me acusó una vez de interponer un fino velo entre nosotros, un velo que ningún hombre, ni siquiera un marido, podía penetrar. Al principio, discrepé; quise convencerme de que no era cierto. Sin embargo, creo que tengo que admitir que oculto una pequeña parte de mí. Es la única parte que me pertenece por completo, casi como el latido de mi corazón, y temo que si la expongo a los caprichos de otro ser humano, podría morir. Quizás eso también fuera parte del problema.

Al mirar atrás y repasar todos estos años, debo confesar que el lenguaje está en la base de nuestros problemas. Jim habla la lengua de la autoexpresión, de los instrumentos musicales y de la libertad artística, mientras que yo sólo entiendo la jerga de la responsabilidad, la productividad y las consecuencias. Supongo que, inevitablemente, nos fuimos convirtiendo en dos extraños en ese territorio al que llamamos «nosotros», cada uno hablando en su propio dialecto sin que ninguno de los dos lograra ninguna comunicación significativa con el otro.

Al final, y sin hablarlo demasiado, Jim comenzó a contribuir a nuestros ingresos dando clases particulares de música a niños de la rica población vecina de Spring Lake. Más o menos por aquel entonces di a luz a Joey, pero la llegada de nuestro vigoroso y saludable hijo tampoco contribuyó demasiado a elevar los ánimos de aquel extraño tan familiar con el que estaba casada.

Supongo que la cruda prueba de que nuestra relación estaba agonizando llegó dos años después, durante las semanas agotadoras y grises que siguieron al nacimiento de Gracie. Entonces se hizo palpable que, aunque habíamos acordado que me dedicaría exclusivamente a la maternidad, había que hacer algo para mejorar nuestra precaria economía. Ese «algo» acabó siendo el regreso a mi puesto de enfermera a tiempo completo en el Centro Médico Metropolitano. A las seis semanas escasas de dar a luz, volví a rastras al trabajo, todavía hinchada, dolorida y amamantando a mi hija.

Entré en el turno de día de la unidad de ortopedia, también conocida como «cementerio de elefantes», donde trabajo desde entonces.

En esta unidad siempre hay puestos vacantes, porque conlleva uno de los tipos de enfermería menos atractivos que existen: el trabajo agotador de levantar y dar la vuelta a pacientes ancianos con la cadera rota. Allí es donde las enfermeras se ganan los juanetes y los dolores de espalda, y yo he conseguido ambos ya hace tiempo. A los cuarenta y uno, pensaba que era demasiado vieja para ese trabajo, pero sabía que no me quedaba otra opción.

Supongo que me convertí en enfermera de la misma forma que me convertí en madre: simplemente parecía lo más natural. Sentía que era lo que se esperaba de mí y jamás lo cuestioné, al menos no hasta que me di cuenta de que tendría que compatibilizar ambas cosas. Con toda sinceridad, creo que fue entonces cuando en algún oscuro recoveco empezaron a nacer las primeras semillas de resentimiento.

A altas horas de la noche, iba de arriba abajo con una niña berreando porque tenía cólicos, mientras Jim tocaba con su banda, supuestamente, para ganarse la vida. La idea que Jim tenía del trabajo era tocar la música que le gustaba y dejarse adular por un público de chicas jóvenes e idealistas, que soñaban con cazar a una «estrella del rock».

Como hacía yo en mis tiempos.

Miraba el reloj continuamente, contando los minutos, hasta que él llegaba a casa. En cuanto entraba por la puerta, le pasaba la niña y así podía derrumbarme en la cama para disfrutar de un descanso más que merecido antes de levantarme a las cuatro y media y volver a empezar de nuevo.

Gracie siempre se calmaba enseguida en los brazos de su padre y, por alguna razón, aquello me molestaba profundamente. Pronto sentía cómo el colchón se hundía del lado de Jim cuando él se metía en la cama y caía inmediatamente en un sueño tranquilo y apacible, mientras yo seguía allí despierta, nerviosa y alterada. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que la pasión se había evaporado de nuestro matrimonio y yo no sabía dónde había ido a parar. Lo único que sabía era que me sentía triste, cansada y abandonada. El fuego de nuestra relación se había apagado y me planteaba si tendría o no la energía o la voluntad suficiente para avivarlo.

Ya hace siete años que las cosas van así. No nos peleamos. Bueno, no demasiado. Simplemente parece que hemos creado un sistema que los libros de biología seguramente calificarían de «simbiótico». El caso es que sobrevivimos económicamente, y los niños parecen ajenos al hecho de que sus padres van por la vida con una enorme herida abierta en el pecho, allá donde tenían el corazón.

Y allí estaba yo de nuevo, preparada para recorrer los pasillos del supermercado nocturno como una leona madre a la caza del desayuno para sus crías. Hay algo instintivo, casi primitivo, que se despierta en mi interior en cuanto entro en el aparcamiento del Shop-Well y repaso mentalmente la lista de productos que Jim y mis pequeños necesitarán por la mañana.

Como las compañeras y las madres de la mayoría de las especies, dejo mis necesidades para el final de la lista con el objetivo de abastecer primero a mi familia. Si se me olvida algo o si estoy demasiado hecha polvo para acabar la compra, al menos, me quedo tranquila sabiendo que no seré yo quien protagonice una rabieta ni derrame una lágrima de decepción por haber olvidado un par de medias o una caja de tampones. Por alguna razón, esa seguridad me hace sentir mucho más tranquila.

Doblé a la izquierda para entrar en el aparcamiento y pasé despacio por delante de las plazas de minuválidos y de las motos que estaban aparcadas delante de la entrada del supermercado. Una ola de

nostalgia me tomó por sorpresa y me golpeó con fuerza. Jim tenía una moto, una Harley-Davidson, de hecho. Como si acabara de darle el pie para su entrada en escena, reparé en un hombre de pelo largo que embutía una bolsa de comida en la cartera de piel de su moto. Satisfecho por tener su compra en lugar seguro, se colocó el casco y puso en marcha el poderoso motor de aquella preciosa máquina. Su novia trepó detrás de él y deslizó sus brazos jóvenes y torneados alrededor de la cintura dura y musculosa del hombre. Él dio gas y ella se agarró con fuerza mientras se alejaban por la carretera como un animal salvaje, agazapado a punto de atacar. Sentí un estremecimiento. «Ésa era yo», pensé con melancolía. Hace un millón de años y con diez kilos menos, pero ésos éramos Jim y yo.

Un recuerdo poderoso flotó ante mí como un perfume seductor que me reanimó y me puso alerta, pero después se disolvió en el aire húmedo, cálido e inmóvil. Por un maravilloso y efímero momento, recordé cómo era sentirse en forma, guapa, descansada e ilusionada por la vida. ¿Cómo había podido perder aquella sensación? ¿Dónde se había escondido? Además, como seguramente nunca dispondría del tiempo ni el dinero necesarios para ir de nuevo a un gimnasio, ¿sería posible recuperar el optimismo y la sensación de bienestar? Llegué a la conclusión de que, como con tantos otros cambios en mi vida, tendría que tratar de aceptar mi envejecimiento físico con cierta dignidad.

Suspiré profundamente y aparqué mi viejo y cansado Toyota en un hueco cercano al guardia de seguridad flacucho que vigilaba la entrada principal del establecimiento. Por alguna razón, aparcar tan cerca de la zona iluminada de la entrada siempre me da una sensación de seguridad, aunque lo más probable es que se trate de una falsa seguridad. Seamos realistas, si alguien me atacara, no podría esperar que el desarmado adolescente, recién salido de la pubertad y a quien pagaban el sueldo mínimo por llevar un uniforme azul, se pusiera en peligro por mí. De hecho, suponía que mi instinto maternal afloraría de repente y sería yo la que acabara defendiéndole a él.

Bajé del coche de un salto, lo cerré y me dirigí hacia el supermercado. Llegué a la conclusión de que había sido enfermera y madre durante demasiado tiempo.

Me crucé con otra pareja que salía del supermercado, empujando un carro de la compra entre los dos. Su conversación era animada y llena de risas, y me pregunté que podía resultar tan divertido a aquellas horas intempestivas. El hombre abrió el maletero, metió unas cuantas bolsas dentro y fue a abrirle la puerta a la mujer.

Me acordé de cuando los hombres hacían lo mismo por mí.

Continué hacia las puertas automáticas, que se abrieron obedientemente al acercarme.

Entonces se me ocurrió que en adelante ése era el único tipo de puerta que se iba a abrir por mí.

Mientras la cédula electrónica esperaba educadamente a que entrara, capté la imagen de una mujer de mediana edad, poco atractiva con algo de sobrepeso que permanecía de pie en la entrada y, con horror, descubrí que era yo.

Medio atontada, saqué un carro de la fila que había justo antes de cruzar las puertas y empujé hacia dentro. Seguro que ese reflejo había sido simplemente una distorsión. Me dije a mí misma que probablemente el cristal barato de las puertas tendría algún defecto.

Me acerqué a las zanahorias y las lechugas envasadas, que se alineaban en las estanterías del pasillo de productos agrícolas. Aparté unos cuantos envases y lancé una mirada furtiva al espejo frío y sucio que se hallaba detrás. Se me heló el corazón. No había duda: la misma mujer desaliñada y cansada que había visto en las puertas me devolvió la mirada desde allí.

No pude evitar romper a llorar en medio del pasillo de las verduras..., en medio de la noche..., en medio de mi vida.

DOS

Me recompuse, justo a tiempo de fingir un resfriado ante un muchacho del supermercado que doblaba la esquina y se me acercaba lentamente empujando una fregona. Como para probar mi inocencia, puse en práctica un gran truco sólo conocido por las madres, y saqué un pañuelo de papel aparentemente de la nada. Con énfasis exagerado, me soné la nariz como si padeciera algún extraño tipo de gripe veraniega.

—El paracetamol y los expectorantes están en el pasillo dieciséis —ofreció el joven empleado, sonriéndome con simpatía.

—Gracias. Es justo hacia donde iba —mentí.

Obligada a mantener la mentira, giré el carrito en la dirección del pasillo de «gripes y resfriados», contenta de que mi actuación hubiera sido lo bastante convincente para engañar a un muchacho de dieciséis años. Pero ¿y si no hubiera podido reaccionar a tiempo? ¿Qué hubiera ocurrido si me hubiera quedado allí sollozando como la mujer de mediana edad, destrozada, exhausta y con un ataque de llanto en la que me había convertido? ¿Qué habría pasado? ¿El sentido del deber de aquel joven empleado le hubiera llevado a llamar a Emergencias? Ya me imaginaba diciéndole a la operadora que una mujer de aspecto desaliñado estaba sufriendo un ataque de nervios en el pasillo de las hortalizas, entre zanahorias, perejil y espinacas.

Ahí estaba yo, una mujer de cuarenta y ocho años, completamente desilusionada con su trabajo, su matrimonio y, lo peor de todo, consigo misma. Todavía recuerdo que una vez elaboré una lista de los tres mayores problemas de mi vida, que eran: los hombres, el peso y el trabajo. De eso hacía unos doce años, y lo

triste del caso es que la lista continuaba siendo idéntica, salvo por la adición de un importante cuarto tema: la falta de tiempo.

Caminé penosamente sobre el suelo de linóleo del Shop-Well, examinando mi estado de ánimo e intentado encontrarle algún sentido. Con abyecta determinación, decidí revisar otra vez la lista, empezando por el trabajo.

La verdad es que sentía que me habían forzado hacia una carrera que se había visto drástica y catastróficamente modificada con la llegada del nuevo sistema sanitario o, como yo prefería llamarlo, la «cinta transportadora de la medicina». En mi opinión, no era sólo que el sistema sanitario hubiera eliminado la esencia misma de la profesión de enfermera, sino que el trabajo también requería la energía mental y física propia de una persona con la mitad de mi edad (y que de paso corra maratones.) Siendo realista, ¿cuánto tiempo más podría mantener ese ritmo?

Además, estaba el problema añadido de saber que en el momento en que mostrara signos de debilidad, habría una joven enfermera del tercer mundo, llena de ambición, esperando para quitarme el puesto... por un sueldo menor. Visto así, casi tiene gracia. La misma situación que hace que me sienta usada y explotada hará que alguna enfermera inmigrante y pobre se sienta más afortunada de lo que hubiera podido soñar. El Centro Médico Metropolitano lo sabe.

Y luego está lo de mi peso siempre fluctuante. En realidad, ya no fluctúa, se limita a ir aumentando progresivamente. Odio tener que usar la vieja justificación del embarazo, pero es indiscutible que, después de dar a luz dos veces a una edad más bien madura, mi metabolismo se ha vuelto contra mí. No es que nunca hayamos sido demasiado amigos, pero, por lo menos, antes de convertirme en una madre madurita, me resultaba más fácil perder unos kilos. Por supuesto, llevar a los niños a McDonald's entre actividad extraescolar y actividad extraescolar, y comer en la cafetería del trabajo tampoco es que me haya ayudado demasiado. A veces, la comida es mi único consuelo, especialmente cuando estoy cansada, y eso siempre es así.

Evito mirar fotos mías de cuando estaba delgada y en forma, lo que significa que nuestro álbum de bodas está confinado en alguna parte lejos de mi vista, probablemente en el garaje o en el desván. No estoy segura de dónde, pero me da exactamente lo mismo. Y es que estos kilos de más no son sólo deprimentes, también son totalmente vergonzosos.

Creo que Jim ha entendido de una vez por todas que mi peso es un tema de conversación prohibido. Sabe lo sensible que soy al asunto y, con muy buen criterio, nunca lo menciona. Pero por supuesto, también hace un siglo que no me toca. Lo que más me asusta es que para mí es como una especie de alivio. En algún punto del camino, Jim sufrió una metamorfosis y pasó de ser un marido a ser «alguien importante», término que acabo de aprender a valorar recientemente.

¿Cómo ocurrió? ¿Cómo hemos llegado Jim y yo a distanciarnos tan irremediablemente? De algún modo, supongo que era inevitable que nuestro matrimonio se estropeará. Después de todo, ¿cuál es la tasa de divorcio en nuestros días? Un cincuenta por ciento, ¿no? Así que supongo que no tendría que sorprenderme tanto que las cosas no hayan ido tal como yo las había soñado hace diez años, cuando me casé. Hasta entonces, me había imaginado la vida de casada como un caudaloso río de amor, pasión y felicidad. Yo no tenía ni idea de que el río acabaría desembocando en un océano de cansancio, obesidad y resentimiento.

Recordaba que cuando era soltera, mis amigas casadas siempre ensalzaban las virtudes del matrimonio, como si se tratara de un club secreto al que yo debiera querer unirme. Me preguntaba si todo aquello había sido una enorme farsa, porque, hoy por hoy, no conozco a ningún matrimonio que crea que es feliz de verdad.

Sacudiendo la cabeza con muda resignación, seguí avanzando por el pasillo de los melones y las ciruelas. Decidí que la vida es conseguir llegar a fin de mes, mantener la casa y la familia dentro de un orden y hacer la compra de noche. Amén. Fin de la historia.

Sorbiéndome las lágrimas, dejé atrás las montañas de patatas y plátanos perfectamente construidas, sin dejar de preguntarme qué me estaba pasando. ¿Por qué iba por la vida con los nervios a flor de piel? Años de trabajo en hospitales me habían demostrado, sin lugar a dudas, que había montones de gente que soportaba problemas mucho más graves que mi fatiga crónica y mi matrimonio deteriorado, y sin embargo, no veía a nadie más paseándose por el supermercado con lágrimas en los ojos.

Aunque, quizá, fuera que nunca había mirado bien.

Con esos pensamientos, escudriñé mi entorno y, aunque sea duro, tengo que admitir que hasta me sentía inadecuada en un ambiente como aquél. Localicé a una mujer exageradamente obesa que tomaba una barra de chocolate tamaño familiar de la estantería de dulces y la escondía rápidamente entre los artículos «sanos» del carro cuando vio que la miraba, como si yo tuviera derecho a decir algo sobre la adicción a los dulces. Seguí avanzando y vi a una pareja de jóvenes tatuados y de aspecto descuidado al final del pasillo del pan. Ajenos a la mujer mayor que escogía entre las barras de pan, justo a su lado, los jóvenes se abrazaban y actuaban como si estuvieran en un parque oscuro y romántico.

Pensé que las magdalenas de mi lista podían esperar.

Decididamente, hay algo en aquellas horas de la madrugada que aporta un elemento ecléctico al supermercado. Los clientes suelen ser de los que se mueven a contracorriente de la sociedad. A veces juego a adivinar las enfermedades latentes que plagan las diversas vidas de estos compradores nocturnos: esquizofrenia, alcoholemia, drogadicción, soledad, diabetes, depresión y cosas así. Parece que nunca dejo de ser enfermera. Me gustaría parar de hacer eso, pero la fuerza de la costumbre me impide resistir la imperiosa necesidad de evaluar y tratar los problemas de todo el mundo (excepto los míos, claro).

Como colofón vi a dos chicas en minifalda y con botas de piel examinando el pasillo de «productos femeninos». Se veía de una hora lejos que iban colocadas, pero aquella vez me sorprendió una repentina sensación de envidia. «Qué bonito debe de ser evadirse y escapar de las realidades de la vida», pensé. Sin embargo, casi a la vez, Christine Moore Ma Guire, enfermera y madre de dos hijos, emergió del rincón más profundo y disciplinado de mi mente para hacerme entrar en razón y me obligó a continuar mi excursión por los pasillos.

Aparte de la absurdidad de la hora y las excentricidades de la clientela, el único problema real de hacer la compra de noche es que no tienes acceso a ciertos productos. El establecimiento aprovecha la tranquilidad para rellenar las estanterías y suele cerrar grandes áreas para ello. Eso obliga a clientes atrevidos y a veces desesperados como yo a escurrirse entre conos y superar varias barricadas para alcanzar los productos que necesitan.

Me tranquilizó ver que la sección de «ayudas a la digestión» todavía estaba abierta, aunque había un montón de cajas de cartón apiladas delante de los productos. Entré con el carro y comencé a buscar un antiácido. No era para mí, sino para la perra. Sí, para la perra. Tiene problemas intestinales, y, aunque la medicina es cara y yo soy la única que se acuerda de dársela, he aprendido de la peor manera que no puedo olvidar administrarle su dosis.

Eso me recordó que necesitaba quitamanchas para las moquetas.

Me saqué el omnipresente lápiz de detrás de la oreja y añadí «quitamanchas» a la lista. Entonces me ocurrió algo curioso. Tuve la sensación inequívoca de que había alguien detrás de mí. Me volví, pero no vi a nadie. Me encogí de hombros, agarré la botella de antiácido y la metí en el carro. De nuevo, se produjo la extraña sensación de que alguien invadía mi espacio y, esta vez, llegué a pensar que había oído pasos, pero cuando me volví, el pasillo estaba desierto por completo.

Me pareció muy raro, porque Jim siempre me decía que era la persona menos observadora que conocía, y debo admitir que seguramente tiene razón. Normalmente, estoy tan concentrada en lo que estoy haciendo que adquiero una especie de visión de túnel. Una vez, Jim llegó a casa con un ojo morado como consecuencia de una pelea que había comenzado mientras él tocaba con su banda. A la mañana siguiente, pasaron tres horas antes de que reparara en el morado que tenía debajo del ojo derecho.

¿Era posible entonces que notara algo que no estaba allí? No tenía sentido. Entonces se me ocurrió una terrible idea. En una reciente sesión de seguridad personal que nos habían dado en el hospital, un detective de Bradley Beach nos instruyó sobre las agresiones sexuales y nos explicó que las enfermeras a menudo son blanco de ese tipo de delitos. Dijo que nuestra tendencia a ayudar y educar solía hacernos vulnerables a esa clase de ataques. Me planteé si estaba enviando algún tipo de «onda de enfermera» hacia cualquier chalado que pudiera estar al acecho en aquellos pasillos desiertos. O eso, o estaba más cerca de la locura de lo que pensaba.

No tenía tiempo para ataques de nervios, así que volví a examinar las estanterías. Me acordé de que la oreja izquierda de la perra volvía a oler raro y pensé que, sin ninguna duda, sería otra infección de hongos. Me imaginé otra visita al veterinario, que simplemente no me podía permitir, y traté de dar con un remedio casero eficaz. De repente, vi un tubo de crema vaginal fungicida en el siguiente estante. Convencida de que un hongo es un hongo, estaba a punto de dejar caer el tubo en el carro cuando un golpe seco al final del pasillo me heló la sangre y me paralizó momentáneamente.

Cuando me atreví a mirar, vi a un anciano tendido en el suelo, cerca de la caja, con los brazos y las piernas extendidos. Un pequeño grupo de espectadores atónitos se había congregado alrededor del hombre, que permanecía inmóvil y sin dar señales de vida sobre el suelo de linóleo recién fregado. Casi con una curiosidad morbosa, los espectadores observaban su rostro cetrino como si esperaran algún tipo de recuperación espontánea y milagrosa. Entonces una mujer frágil y presa del pánico se dejó caer de rodillas al lado del hombre. Le tomó una de las manos abotargadas entre las suyas y comenzó a alternar gritos al hombre para que se levantara y al grupo de gente para que alguien la ayudara.

—Soy enfermera —me oí anunciar, mientras me abría paso entre el grupo de mirones. Me arrodillé al lado de la mujer histérica, que ya estaba inclinada sobre el cuerpo del hombre—. ¿Cómo se llama? —pregunté, poniéndole los dedos en el cuello para encontrar el pulso carótido.

—Harry —espetó la mujercilla arrugada, apartándose de él—. Es mi Harry.

Agarré al viejo Harry por los hombros y lo sacudí con fuerza.

—¡Harry! ¡Harry! ¿Está bien? —grité, tal como indican los libros de primeros auxilios y, por primera vez en la vida, no me sentí ridícula. Aquello no era una sesión de prácticas con un maniquí de plástico llamado «Annie»; aquello era real.

Harry no respondió y su pulso tampoco. Puse la oreja cerca de la nariz y la boca, y observé si el pecho mostraba algún signo de respiración. Nada.

—Bien. ¡Que alguien llame a una ambulancia! —grité a varios pares de zapatos que ocupaban mi campo de visión. Sabía que tenía que insuflarle dos bocanadas rápidas de aire antes de comenzar las compresiones en el pecho, pero cuando miré los labios azules y sin vida, con saliva emergiendo de ellos, vacilé.

Por alguna estúpida razón, distinguí unas zapatillas blancas de deporte de la marca Nike entre todas las sandalias y zuecos que me rodeaban. Señalé las Nike blancas con una mano, mientras le desabrochaba el cuello de la camisa a Harry con la otra.

—Tú. ¡Tráeme una gasa! —le pedí, sin dignarme a mirarlo a la cara—. Están en el pasillo dieciséis. ¡Rápido!

Las zapatillas no se movieron. —No creo que tenga que preocuparse por un poco de saliva —dijo con calma el propietario de las Nike—. Conozco a ese hombre y no padece ninguna enfermedad contagiosa.

¡No podía creer lo que estaba oyendo! Hubiera querido hacer trizas a ese tipo con algún comentario sarcástico, pero mi máxima prioridad en aquel momento era hacerme cargo del viejo Harry. Los comentarios irónicos tendrían que esperar.

Alguien me tendió un pañuelo limpio y perfectamente doblado, que yo coloqué sobre los labios de Harry, y procedí a la reanimación boca a boca. La ambulancia llegó en cuestión de minutos y se hizo cargo de la situación. Antes de que me diera cuenta, le habían devuelto la respiración y un color rosado bastante aceptable. El gentío se dispersó en cuanto trasladaron a Harry al hospital, con su diminuta mujer todavía aterrorizada agarrándole la mano.

La conmoción se había acabado tan rápido como había empezado y, a mí, lo único que me preocupaba era pagar la compra para poder volver a casa a tiempo de preparar el desayuno a mis hijos y llegar al trabajo a mi hora. Como veterana que soy, me deshice conscientemente de mis emociones ante la situación y no volví a pensar en lo que acababa de suceder.

Recuperé mi carro, que estaba en medio del pasillo donde lo había dejado, y me dirigí hacia la caja. Intenté comportarme con naturalidad, como si enfrentarme a la muerte fuese algo ordinario, cosa que en mi caso era cierta. Me puse en la cola detrás de una atractiva joven con el pelo largo y sedoso. La parte de arriba de un bikini le resaltaba con gracia sus pechos morenos y bien formados. Por lo que parecía, había salido a primera hora de la mañana para comprar una revista, un ramo de flores frescas y medio litro de helado, lujos que yo ya no me permitía.

Me fascinó el efecto que su presencia produjo en el cajero y en el muchacho que empaquetaba la compra. Ambos comenzaron a desvivirse por hablar con ella, mientras el resto de los clientes, menos agraciados, esperábamos nuestro turno. El chico que empaquetaba introdujo los artículos de la joven en una bolsa de plástico con sumo cuidado y luego se ofreció para llevarle la bolsa al coche. Ella le concedió el privilegio gentilmente.

Avancé en la cola y comencé a vaciar el contenido de mi carro en la caja. Como era de esperar, mi compra, mucho más cuantiosa y voluminosa, fue empaquetada en bolsas con impresionante diligencia. Aparentemente, salvarle la vida a alguien no contaba tanto como ser joven y guapa. «Qué poder tienen las mujeres jóvenes», pensé. Lo malo es que la mayoría de ellas no se da cuenta hasta que es demasiado tarde.

De repente, deseé tener otra oportunidad de ser joven. Quería volver a ser Christine Moore, una chica que quizá no fuera despampanante, pero que era feliz, vital y llena de energía.

La echaba de menos.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la oferta desganada del cajero de llevarme las bolsas al coche. En un ataque de independencia y dignidad, decliné la oferta. Y el chico que empaquetaba pareció bastante aliviado.

Esta vez, cuando las puertas automáticas se abrieron, descubrieron un cielo cubierto con un manto malva. El amanecer era húmedo y caluroso, y el sol todavía no había salido, pero los que hacían footing sí. Vi a unos cuantos que atravesaban el aparcamiento, corriendo con la gracia propia de los atletas entrenados, perturbando la quietud del aire con su pesada respiración.

Me tomé un momento antes de sumergirme en la paz y la tranquilidad del encanto del amanecer. Intenté capturar la calma que me rodeaba para poder recurrir a ella más tarde, cuando me viera obligada a cambiar de marcha y avanzar a toda máquina por el caos de la febril unidad de ortopedia durante el turno de día.

De nuevo me invadió aquella sensación tan curiosa.

Escudriñé el aparcamiento a fondo antes de aventurarme a seguir adelante, pero como en las otras ocasiones, no vi nada extraño. Desconcertada, empujé el carrito de la compra hacia mi Toyota y lo apoyé con cuidado en el parachoques trasero, culpándome por ser tan paranoica. Abrí el maletero y, con una apremiante sensación, comencé a cargar las bolsas en el interior lo más rápido posible.

No sé cómo, la última bolsa me resbaló de las manos y todo su contenido se esparció por el suelo. Seis yogures comenzaron a rodar en diferentes direcciones y yo me agaché para recoger los dos que se metían debajo del coche. Rocé el asfalto con los dedos al atrapar los dos yogures renegados y, de repente, lo que vi detrás de ellos me paró el corazón.

Unas zapatillas Nike completamente blancas permanecían firmemente plantadas a unos centímetros de mis manos y me oí emitir un pequeño grito de susto. No cabía ninguna duda de que las zapatillas iban unidas a la misma persona que se había negado a darme las gasas unos minutos antes.

El corazón me martilleaba el pecho, mientras levantaba la vista por los vaqueros, el cinturón de piel y la camiseta blanca hasta posarla en un par de ojos marrones, oscuros y profundos, que me parecieron magníficos y familiares.

Erguí los hombros y lo miré de frente a la luz del alba. Ninguno de los dos intentó moverse. Entonces, plácidamente, él extendió su enorme y bonita mano hacia mí, mientras se fijaba en mi expresión de sorpresa. La curva de sus labios se expandió en una amable sonrisa, pero no dijo nada.

—Joe —susurré con voz ronca—. ¿Dónde demonios te habías metido?

TRES

Quizá sea mejor que me explique. Nunca he hablado con nadie de esto, pero creo que ya va siendo hora.

Podría decirse que Joe es, bueno, un ser más evolucionado que el resto de nosotros. Lo conocí hará poco más de diez años, cuando descubrí que el novio con el que había estado tres años y durante los cuales nunca pareció querer comprometerse, el doctor Michael Stein, se había casado con otra poco después de haber roto conmigo. Yo no lo sabía porque me había largado inmediatamente a la Costa Oeste para sanar mis heridas y tratar de empezar de nuevo. Dejé muy claro a mis amigos y a mi familia que no quería volver a oír el nombre de Michael ni saber nada de él nunca más. Unos años después, cuando ya pensaba que lo había superado por completo, volví a Nueva Jersey, y en la cafetería del hospital tropecé con una versión de él más atractiva, con más éxito y mucho más aposentada. Aquella noche perdí la cabeza imaginando un reencuentro romántico antes de fijarme en el anillo de matrimonio en su mano izquierda. El mazazo definitivo fue descubrir que su esposa había sido una colega mía a la que jamás tuve especial cariño.

El resumen de la historia es que, cuando acabé mi turno aquella noche, bajé a la playa a llorar y me encontré con un hombre guapísimo, montado en una Harley-Davidson. Era Joe. Ah, y otra cosa: Joe resultó ser Dios. No es ninguna broma. Al principio, yo tampoco me lo creí, pero es cierto. Hizo de todo para demostrármelo, incluyendo cambiarme la vida, enseñarme a ser feliz de nuevo y encontrar marido.

Vamos, que hizo unos cuantos milagros. Me dijo que podía llamarle como quisiera y me sugirió una lista de nombres entre los que figuraban «Fuerza Universal», «Dios», «Poder Supremo», «Joe» y cosas por el estilo. Como soy lo que podría describirse como una «víctima de la escuela católica», le dije que prefería llamarle simplemente «Joe», porque sonaba mucho menos intimidante que los demás nombres. Él estuvo de acuerdo. Joe no hacía alarde de su poder en absoluto y eso me gustaba. De hecho, me enamoré un poco de él durante el tiempo que pasamos juntos, aunque todavía me da reparo admitirlo.

Por aquel entonces, Joe me había contado que se encontraba en una especie de misión, durante la cual debía pasar un poco de tiempo con cada persona del mundo, en lugar de dirigirse a las masas, como había hecho durante su larga y triste historia. Esos días, iba por ahí dando a cada individuo una serie de directrices que sólo resultaban pertinentes para esa persona en concreto. La última noche que lo vi, Joe había grabado mis directrices personales en un pequeño amuleto de oro que me regaló justo antes de marcharse.

Años más tarde, cuando todavía era un bebé, mi hija Gracie lo sacó de mi joyero. En un abrir y cerrar de ojos, lo echó al váter y tiró de la cadena en un momento en que se suponía que Jim debía estar vigilándola. Me partió el corazón, y Jim no entendía por qué me apenaba tanto por un amuleto de oro tan minúsculo. Como ya he dicho, nunca le había contado esto a nadie hasta hoy porque seguramente habrían pensado que alucinaba y me habrían encerrado. Jim seguía preguntándome por qué estaba tan disgustada, pero yo nunca se lo conté. Se ofreció a comprarme otro colgante, el que quisiera, para que dejara de preocuparme por el que había perdido y no siguiera haciéndole sentir mal. Le dije que nunca podría reemplazarlo y así quedó la cosa. Ninguno de los dos lo volvió a mencionar. Nunca pensé que vería a Joe de nuevo y, al no tener ninguna prueba tangible de su existencia, comencé a creer que quizá lo había soñado todo.

Joe siempre encontraba la forma de hacerme seguir el camino adecuado, y no podía creer que estuviera viendo de nuevo su precioso y sereno rostro. Estaba tan impresionante como siempre, alto y delgado, con algunas canas plateadas en el pelo antes de un negro azabache, que todavía llevaba elegantemente largo.

Como la primera noche que lo vi, me tendió la mano. La acepté con timidez e inmediatamente sentí una sensación que sólo puede describirse como de estar de nuevo en el hogar. Joe me besó dulcemente los dedos y me invadió una profunda alegría.

De repente, deseé que Joe me abrazara con sus poderosos brazos y me protegiera de todo lo que me hacía daño. Deseé fundirme con él, apoyar mi cabeza en su corazón y volver a oír las olas del océano, como la noche en que nos conocimos.

Pero no me atrevía.

No tenía ni idea de si sería apropiado o no, así que decidí esperar y observar. Me quedé de pie con la mano felizmente acurrucada en la suya, esperando algún signo que me revelara que todavía podía abrazarlo.

Entonces recordé algo y, por alguna extraña razón, de todo lo que me oprimía en la vida, lo primero que le dije fue:

—¿Por qué no me has querido traer las gasas que te he pedido?

—Ay, Christine —exclamó, tras reír a mandíbula batiente, sin dar muestras de enfado—

Todavía tienes mucho miedo y desconfianza, ¿verdad?

—Bueno, tú también lo tendrías —me defendí—, si vieras todas las enfermedades contagiosas con las que me encuentro a diario.

—Lo sé —admitió Joe, comprensivo, después de otra carcajada—. Pero tienes que olvidar todo eso. Yo sé que pasará con esas cosas incluso antes de que ocurran. Sólo intentaba ahorrarte algo de tiempo y preocupación. Eso es todo. Sabía que Harry no tenía ninguno de esos... ay, ¿cómo lo llamáis?

—Factores de riesgo —le asistí. —Eso, factores de riesgo. —Ya, pero ¿cómo iba a saber yo que podía fiarme de ti? —le solté. Me di cuenta de que había adoptado un tono defensivo, pero continué de todos modos—. Estaba ahí tirada en el suelo, hablando a un montón de pies. Además, ahora tengo dos hijos y no quiero llevarles nada a casa, ¿sabes?

—De acuerdo —concedió Joe—, haces

bien en preocuparte. Me alegra ver que el instinto maternal que instalé en ti funciona bien. Por cierto, lo has hecho muy bien ahí dentro

—En realidad, me equivoqué —admití algo avergonzada—. Se supone que antes de buscar el pulso hay que escuchar la respiración. Supongo que estaba un poco nerviosa. En el trabajo eso me habría hecho perder puntos.

Joe levantó la vista hacia el cielo, y me soltó la mano y metió las suyas en los bolsillos de los vaqueros. Vaciló un instante y luego me miró de frente a los ojos.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Que hayas salvado una vida ahí dentro no quiere decir que debas permitirte ninguna negligencia, ¿verdad?

Hice una mueca, porque sabía adonde quería ir a parar. Nunca me ha gustado congratularme demasiado por nada. Por alguna razón (que sospecho que tiene que ver con mi educación en un colegio religioso), siempre me he sentido mejor con las críticas que con los cumplidos. Tenía la sensación de que Joe me lo iba a reprochar.

—En serio, Christine —dijo, sacando las dos manos a la vez—, ¿nunca te cansas de vapulearte?

—Parece que no —reí.

Se instaló entre nosotros un pesado silencio, como una cortina de terciopelo. Como siempre, Joe esperó a que yo decidiera qué más quería decir.

—Oh, Joe —acabé por estallar, sacudiendo la cabeza—. Supongo que me siento fracasada.

—¿Por salvar a un hombre ahí dentro?

—inquirió con ternura, y no había ni el más mínimo indicio de sarcasmo en sus palabras.

—No. Porque te he fallado —confesé—. Porque he vuelto a las andadas desde la última vez que estuvimos juntos. Quiero decir que, ¿cuánta gente tiene al propio Dios como su mentor personal? E incluso con esa enorme ventaja, me he vuelto a sentir miserable. Supongo que lo que me pasa es que estoy avergonzada y ya está.

—Ya veo —dijo Joe, sin coincidir ni discrepar. Sólo «ya veo».

No le miré a la cara; no quería. En lugar de eso, me centré en sus manos, cálidas, suaves, de un tamaño desproporcionado, aunque supongo que necesario para sostener los problemas de la gente.

Vi que una bandada de gorriones se posaba en el asfalto, justo detrás de él, y comenzaban a comer, sin ceremonias, de una bolsa de palomitas tirada en el suelo.

Aunque algunos de los gorriones estaban a sólo unos centímetros de los pies de Joe, no parecían sentirse amenazados por su presencia y se dedicaban a lo suyo, sabiendo que podían bajar la guardia mientras estuvieran a su lado.

Conocía la sensación.

—Hay algo más que necesito decir —murmuré suavemente.

Joe esperó pacientemente a que descargara mis temores y preocupaciones, y, la verdad, no le decepcioné. Las palabras comenzaron a brotar de mis labios con tanta rapidez que hasta olvidaba respirar. Eran cosas importantes y tenía que sacarlas antes de perder los nervios.

—Temo que te canses de ayudarme —comencé con voz trémula—. De verdad, puse en práctica todos aquellos grandes principios que me enseñaste cuando todavía era soltera, pero después me casé con Jim y, antes de darme cuenta, llegaron los niños y, de algún modo, dejé esas importantes lecciones en el cajón y me olvidé de ellas hasta que, al final, ya ni siquiera me parecían reales. —En ese punto tomé aire, pues lo necesitaba—. Por eso tengo miedo de que te sientas defraudado e impaciente conmigo —concluí—. Porque soy una alumna muy lenta, ¿sabes?

—Ya veo.

Volvió a quedarse mudo, por si había algo que yo quisiera añadir a esa pequeña diatriba.

Satisfecho al ver que no quedaba nada más, continuó.

—Me parece que la única que se muestra impaciente contigo eres tú misma —me dijo con verdadera sinceridad—. ¿Es que no te das cuenta?

—Se nota que no has hablado con mi ma rido y mis hijos, ya veo. No lo pilló.

—Christine, a tu capacidad de aprendizaje no le ocurre nada —me aseguró, sin hacer caso de mi último comentario—. La iluminación espiritual no es ninguna carrera ni ningún concurso. En realidad, es mucho más fácil recordar cómo debes cuidar de ti misma y cómo puedes ser feliz cuando tú eres la única persona de la que debes preocuparte. Cuando además de todo eso tienes una familia, la cosa es mucho más complicada. ¿No te das cuenta? Cumpliste muy bien con esos principios mientras eras soltera, pero luego te pasé a un nivel con un reto ligeramente superior. Debes verlo como un aumento de categoría.

Me sentí como si me acabaran de quitar cien kilos de encima. Debí haber sabido que no encontraría castigos ni críticas en Joe. Era una criatura buena y llena de amor, y me parecía que su principal prioridad era siempre hacerme sentir mejor. ¿Entendéis ahora por qué me enamoro de este hombre cada vez que lo veo? ¿Dónde se encuentra compasión, comprensión y amor verdadero? ¿Cómo podría haber alguien que no amara a este hombre? —Todo el amor es perfecto —afirmó Joe. Recordé que podía leerme el pensamiento. Cuando nos conocimos, eso me sacaba de quicio, pero esta vez no me molestó. Supongo que eso era una muestra de progreso por mi parte.

—Estoy muy asustada, Joe —me oí decir, y sin previo aviso rompí a sollozar y las lágrimas empezaron a resbalar por mi rostro—. Siento haber metido la pata tantas veces. Tienes razón, claro. Yo soy la que se

impacienta y se frustra, y no sólo conmigo misma. A veces me agobio y me enfado con los niños, y me siento muy culpable... —dije, conteniendo las lágrimas—. Quiero mucho a Joey y a Gracie, ¿sabes?, pero tengo miedo de que ellos no lo sepan porque siempre estoy tensa, cansada y ajetreada.

—Todo irá bien, Christine —me dijo con una enorme confianza, sonriendo afablemente. Entonces me sorprendió, porque me acercó a él. Yo disfruté del instante y respiré la esencia familiar de aquel hombre como si la hubiera estado ansiando, y de hecho, así había sido. Como los pequeños gorriones que tenía a los pies, me relajé por completo ante la presencia tranquilizadora de Joe—. Confía en mí, ¿vale? —le oí susurrarme al oído.

Entonces sentí que algo me oprimía la boca del estómago. Era cálido, sobrenatural y maravilloso a la vez. Además arañó la puerta que daba a mis recuerdos hasta que rememoré la última vez que lo había sentido. Era una sensación únicamente atribuible a Joe. Dejé que los antiguos sentimientos renacieran y me hicieran sentir de nuevo guapa, tranquila y viva. No pude evitar pensar si aquel exquisito efluvio de emociones y sentimentalismo que estaba liberando podía constituir una posible infidelidad por mi parte. ¿Estaba siendo adúltera? No paraba de preguntármelo.

—¿Puedes parar de sentirte culpable, por favor? —Oí que me decía Joe. Me reí.

—Escucha —dije, levantando la cabeza para mirar su bello rostro—, me muero de ganas de preguntarte algo.

—Pregunta —me invitó.

—Es sobre aquel guiño que me hiciste hace diez años, ¿sabes de qué te hablo?

Se tomó su tiempo y reflexionó un momento.

—¿Te refieres a la noche que conociste a Jim y os largasteis en su Harley?

—Sí, eso es —reconocí con entusiasmo—. Nos paramos en el semáforo en rojo y yo miré fijamente la medalla que Jim llevaba en el cuello. Entonces supe que él era el hombre que debía elegir.

—Sí. Me acuerdo perfectamente.

—Bueno, es que siempre me he preguntado si no me equivoqué aquel día —confesé, y advertí que había sonado algo sumisa. Odiaba ponerme tan sensiblera e insegura.

—¿Por qué? —preguntó Joe, sin hacer caso de mi repentina inseguridad.

Ahora fui yo la que vaciló antes de contestar. —Bueno, yo pensé que tú me dabas tu aprobación. Ya sabes. Pensé que me estabas diciendo que Jim Ma Guire era el hombre adecuado para mí. Ya sabes, mi alma gemela y todas esas cosas. ¿Estaba en lo cierto?

—Quizá —respondió Joe, dibujando una sonrisa.

—Bueno, pues creo que a lo mejor te equivocaste —barrunté inexpresivamente.

—¿Ah? —fue todo lo que dijo, con cara de sorpresa.

De nuevo, las lágrimas se me agolparon en los ojos, pidiendo ser liberadas. Diez años de dudas, decepción y rabia en mi matrimonio quedaron instantáneamente licuados y corrieron mejillas abajo. Lo que me salió por la boca después me sorprendió tanto como a Joe.

—Ya no quiero a mi marido —balbuceé— y te he rezado durante estos diez años para que me ayudaras de algún modo, pero nunca me hiciste caso. No me escuchabas, ¿verdad?

Joe pareció algo dolido y me sentí inmediatamente arrepentida por haber sido tan dura con él. Hasta ese preciso momento, no me había dado cuenta de que había estado acarreado un terrible rencor contra Joe y contra mi marido, los dos hombres más importantes de mi vida. Pero ya no había vuelta atrás. Había dicho lo que tanto había temido decir durante todo aquel tiempo y no había manera de retroceder. Y en realidad tampoco quería.

—¿De verdad piensas eso, Christine? —preguntó Joe con calma—. Después de todo lo que te he enseñado, ¿todavía piensas que no estaba contigo? —Por primera vez, no esperó a que le contestara—. Yo estaba y tú lo sabes —insistió—. Siempre estuve a tu lado, si no te importa que te lo diga, pero tú estabas tan ocupada en tu universo que ni siquiera me viste.

Eso tenía toda la pinta de ser cierto, pero no estaba dispuesta a admitir mi culpabilidad tan pronto, así que me quedé allí de pie, respirando ruidosamente, lloriqueando y gruñendo, sin decir una palabra. Quería volver a estar segura de su amor por mí.

—Estuve ahí el día de tu boda —continuó Joe—. Y sé que entonces lo sabías. ¿Me equivoco?

—Muy bien. Sí, de ese día me acuerdo —coincidió—. Ese día noté tu presencia.

—Y también estuve ahí cuando diste a luz al pequeño Joey y, dos años más tarde, a Grade —añadió.

—Pues no lo parecía —dije, poniéndole morros—. Ésas dos fueron las ocasiones en las que me convencí de que no me escuchabas.

—¿Cómo no iba a escucharte? —rió—. Recuerdo que gritabas mi nombre con todas tus fuerzas.

Aunque me sentí un poco avergonzada, todavía necesitaba más pruebas, como siempre.

—Vale, muy bien, sí que estabas —cedí—. Pero, ¿y el dinero? ¿Y mis dolores de espalda, mis juanetes y mi fatiga crónica? Y encima tengo que ir a ese odioso trabajo para sobrevivir. Qué pasa con todo eso, ¿eh?

Joe se quedó mudo tanto rato que me pregunté si me había pasado de la raya. Sin embargo, justo cuando iba a disculparme, me abrazó entre sus brazos fuertes y tiernos. Me sorprendió lo poco que me costaba pasar de ser una adulta enfadada y acusadora a ser una niña asustada y confusa que necesitaba consuelo.

—Tu actual estilo de vida quizá requiera que trabajes en el hospital una temporada —susurró suavemente en mi oído—, pero no tienes que sentirte desgraciada por eso.

Por supuesto, tenía razón, pero no sabía cómo encajar un trabajo que erosionaba lentamente mi espíritu altruista, o lo que quedaba de él. Además, en aquel momento, era demasiado inestable para pensar con claridad. Sólo quería consuelo y esperaba que Joe lo entendiera.

No me decepcionó. Antes de que yo pudiera volver a la carga con más acusaciones de negligencia, Joe volvió a acercarme a él con un gesto protector. Apoyé la cabeza en su pecho, y él me acarició el pelo con ternura, consiguiendo que volviera a sentirme como una niña pequeña.

—Pensaba que todo esto ya lo habíamos solucionado hace diez años —dijo, y suspiró—, pero supongo que un pequeño refuerzo no te vendrá mal. —Entonces me abrazó aún más fuerte—. Deja que te cuente algo de lo que he presenciado de tu vida durante estos diez años —sugirió— y luego decides si te he estado escuchando o no, ¿vale?

Asentí en silencio y empezó a recitar con su voz profunda toda una letanía de sucesos, algunos de los cuales ni siquiera yo habría podido recordar con precisión.

Me avergoncé cuando mencionó que yo había estado marcando en secreto las botellas de whisky durante años para saber cuánto bebía Jim en una noche. Me habló de las depresiones posparto que sufrí las dos veces que di a luz, y de cómo las había ocultado a mi marido y a mis compañeros de trabajo. Sabía que una noche me había puesto el abrigo y me había ido de casa porque los niños me estaban volviendo loca, pero me recordó que simplemente me había quedado bajo la ventana y que los había estado observando, llorando en silencio entre los setos cubiertos de nieve. Él comprendía que aquella noche yo había llegado a mi límite y me felicitó por haberme tomado un «descanso», en lugar de decir o hacer algo que tal vez después hubiera lamentado.

Como si aquello no bastara, Joe continuó explicándome que me sentía celosa de mi propia hija. Abrí la boca para protestar, pero me callé porque sabía que estaba en lo cierto. Me dijo que, aunque yo sólo quería lo mejor para Gracie, también envidiaba las oportunidades de las que ella dispondría y con las cuales yo jamás había contado. A diferencia de las generaciones de mujeres que la habían precedido, la vida de Gracie estaría llena de posibilidades, sin limitaciones debidas a su sexo.

Tanta sinceridad me estaba provocando dolor de cabeza, pero Joe no paraba. Pasó a hablarme del trabajo y me hizo ver que me sentía inferior por ser una simple «enfermera de planta». Él sabía perfectamente que deseaba trabajar en la UCI, en quirófano, o en alguna unidad de alta tecnología que mereciera más respeto. Ni siquiera intenté contradecirle.

Después me habló de las veces que había renunciado a ir a la playa porque no soportaba verme a mí misma en bañador. Y lo que es peor, estaba enterado de que no había vuelto a ir al club a escuchar a Jim y a su banda porque temía que sus jóvenes admiradoras se preguntaran qué había visto Jim Ma Guire en mí, el adefesio estropeado y obeso de su esposa.

Entonces Joe sacó la artillería pesada y comenzó a repasar mi matrimonio. Me dijo que estaba resentida con el talento artístico de Jim, porque estaba convencida de que yo no tenía ningún don similar. Joe sostenía que yo, además de envidiar el talento de mi marido, envidiaba que disfrutara tanto de su trabajo, mientras que yo cada día debía realizar un gran esfuerzo para cumplir con mi turno en el hospital. Me maravillaba el hecho de que el tono de Joe no denotara el menor atisbo de reproche mientras enumeraba todos esos defectos de mi carácter. De hecho, notaba que de él no emanaba más que puro amor, comprensión y hasta compasión.

Finalmente, Joe mencionó un último resentimiento que yo ni siquiera me había atrevido a expresar con palabras. No pude reprimir una mueca de dolor al oírle decir que me asustaba que los niños quisieran más a su padre que a mí.

Esta última declaración me impresionó realmente. Y no sólo porque fuera cierta, sino porque era la observación más dolorosa que Joe me había hecho jamás. Mis hijos son lo más importante del mundo para mí. Sin embargo, todo el tiempo que paso lejos de los niños hace que sienta que estoy perdiendo la conexión con ellos. Eso es precisamente lo que me aterra. La cuestión es que, a causa de nuestros horarios disparatados, Jim puede pasar más horas con ellos, mientras que yo gasto toda mi energía en el único trabajo que en realidad nos mantiene a todos. Aunque para ser justos, debo admitir que Jim suele ser mucho más divertido que yo y también acostumbra a estar de mejor humor.

Debería haber sabido que no podría ocultar a Joe esos dolorosos sentimientos. A pesar de mis protestas, había logrado penetrar en lo más profundo de mi ser y me había arrancado mis más oscuros secretos. Me sorprendió darme cuenta de que compartir todos esos miedos, privados y ocultos, con otra persona había hecho que empezaran a ser menos importantes. De repente, me sentía mucho mejor.

Joe había creado un entorno seguro para que pudiera sincerarme conmigo misma. De alguna manera, había dado voz a todos mis fallos y a todo mi resentimiento, a todas las palabras irritadas que nunca había pronunciado y que todavía tenía atragantadas, a todas las dagas que permanecían clavadas en mi corazón por las duras palabras que Jim y yo a veces intercambiábamos. Cuando hubo terminado, Joe me abrazó en silencio y me acarició el pelo.

—No pasa nada —me tranquilizó—. Todo mejorará, Christine. Te lo prometo.

—Pero es que es desesperante —sollocé con la cabeza apoyada en su hombro—. Es demasiado, Joe. Tengo que cambiar demasiadas cosas. No creo que pueda.

—Claro que puedes —refutó él, riendo. Una chispa de irritación se me encendió en el estómago cuando me dijo aquello. No tenía ninguna gracia. Me sentía abrumada ante la inmensidad de los retos que me esperaban y apenas confiaba en mi capacidad de arreglar todos los fallos que él había enumerado.

—Ya veo que todavía estamos un poco susceptibles —dijo Joe con dulzura.

—No puedo, Joe —afirmé rotundamente, levantando la cabeza para mirarle de frente—. Todavía lucho contra los mismos tres problemas contra los que he luchado toda mi vida, pero en mayor escala. Mis relaciones, mi trabajo y mi peso son todavía los tres mayores obstáculos para alcanzar la felicidad, y todo indica que no soy capaz de superarlos. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Quizá superarlos no sea lo mejor —sugirió con tacto—. Quizás aceptarlos tal como son sea un buen principio —continuó—. Y a partir de ahí, intenta hacer cosas que te ayuden a cambiar.

Entonces me separé bruscamente de él, a pesar de que todavía no sé muy bien por qué.

—Joe, ahora mismo todo esto es demasiado, ¿vale? —espeté—. Estoy cansada, soy demasiado sensible y tengo que hacer un millón de cosas en las próximas dos horas. No puedo quedarme sentada y «aceptar las cosas tal como son».

Joe pareció herido por un instante, pero no tardó en recuperarse.

—Si me lo permites —comenzó educadamente—, no me parece que hayas empleado toda esa sensibilidad haciéndole el boca a boca al viejo Harry.

—Bueeeeno, no —dije lentamente, ordenando las ideas para defenderme—. ¿Qué esperabas? Soy una profesional.

—Ah, claro —dijo, asintiendo—. Una profesional.

Se produjo un silencio tenso y ya no supe qué decir. Sabía que mi reacción había sido excesiva y que había actuado mal, pero necesitaba desesperadamente que me escucharan y me comprendieran, y aquella había sido la primera oportunidad que se me había presentado en mucho tiempo. Me maravillaba al ver que por testaruda que me mostrara con él, Joe nunca se ofendía. ¡Cuánto deseaba ser como él!

Sabía que tenía que volver a casa a despertar a los niños para ir al fútbol y prepararles el desayuno, pero no quería dejar las cosas en un punto tan doloroso como aquél. Supongo que Joe debió de leerme el pensamiento otra vez, porque me arrebató las llaves con dulzura y me abrió la puerta del coche.

—Oye, ¿todavía tienes aquel pequeño amuleto que te regalé? —preguntó, resplandeciente—. Ya sabes, el que llevaba grabadas tus seis directrices.

—No —confesé con el corazón en un puño—. Lo siento, pero no. Gracie lo tiró al váter cuando tenía dos años.

No pareció entristecerse.

—¿Por casualidad te acuerdas de cuál era la número tres? —me preguntó, aunque yo no estaba segura de si era una pregunta trampa o una petición sincera.

—¿La número tres? —repetí, haciendo tiempo—. Hum, era esa que decía algo de reducir el ego, ¿no?

—No —respondió, sacudiendo la cabeza. De repente, parecía mucho más animado, atormentándose con acertijos como solía hacer en los viejos tiempos.

—Bueno —rogué, sonriendo sumisamente—, no me tengas en vilo.

—«Cuida de tu persona, ante todo y sobre todo» —enunció—. Eso es lo que decía.

Esperé una explicación más extensa, puesto que la experiencia me había enseñado que ésta no iba a tardar en llegar. Sin embargo, lo que dijo después, me dejó sin aliento.

—¿No lo ves, Christine? —insistió Joe con evidente sinceridad—. No has dejado de querer a tu marido; es a ti a quien has dejado de querer.

Esas palabras me golpearon el alma como una bola de demolición e hicieron añicos todas mis teorías y mis anteriores convicciones. ¿Sería cierto? ¿Todavía había esperanza de salvar mi matrimonio? Y lo que era más importante, ¿era yo la única que tenía la clave para hacerlo?

Cerré los ojos y volví a regañadientes al presente. Joe seguía sujetando la puerta del coche y me invitaba a subir. Como en un trance, me senté en el asiento del conductor, con la sensación de no tener ni un solo hueso en el cuerpo.

A cámara lenta, introduje la llave en el contacto, y Joe se inclinó hacia mí.

—Enamórate de ti misma, Christine —susurró—, y verás como todo vuelve a su cauce. Y digo todo.

Sin saber muy bien cómo, me encontré saliendo del aparcamiento y en dirección a casa. Me sentía muy alterada. Lo único que pude musitar mientras el coche avanzaba hacia el este, hacia el sol naciente de agosto, fue un profundo y prolongado «guau».

CUATRO

Jim y los niños ya se habían levantado cuando llegué. Estaban sentados ante desayunos a medio consumir. Joey y Gracie ya estaban vestidos con el uniforme azul y blanco en el que se leía «Liga de Fútbol de Neptune City» con enormes letras azules en la parte delantera y «Ma Guire» con letras perfectamente bordadas sobre sus pequeñas espaldas. Jim, que todavía tenía los ojos hinchados de sueño, o quién sabe si de demasiadas copas de la noche anterior, servía zumo de naranja y repartía las servilletas con gran destreza.

Lo observé durante un momento desde la puerta, y me pregunté por qué me importaba tanto lo que hubiera bebido la noche anterior. Su adicción al alcohol no me afectaba para nada. «El es quien tiene que sufrir la resaca», pensé. Con todo, todavía me preguntaba cuántas copas había tomado y, lo que era más importante, con quién.

Joey fue el primero en reparar en mi presencia.

—Hola, mami —me dijo, con la boca llena de cereales—. ¿Te has acordado de comprar tortas de maíz?

—¿Qué? ¿Tortas de maíz? —respondí despistada—. Creo que sí. ¿Por qué no vas al coche y traes algunos paquetes, cariño?

—Bueno, espero que te hayas acordado del regaliz rojo —masculló Gracie—. Me lo prometiste ¿te acuerdas?

Noté que Jim me observaba.

—¿Estás bien, Christine? Pareces un poco... rara.

—Ah, sí. Sí, estoy bien —mentí—. Es... que... siento haber llegado tan tarde —añadí.

No estaba dispuesta a comentar mi encuentro con Joe, porque era algo demasiado personal. El cerebro me iba a mil por hora mientras pensaba en alguna explicación creíble para mi tardanza. En el peor de los casos, usaría lo del boca a boca. No sería exactamente una mentira, sería sólo lo que las monjas solían calificar de «pecado de omisión».

—No llegas tarde, Chris —dijo Jim, confuso—. Llegas como siempre.

Miré el reloj y, cierto, eran sólo las seis y cuarto, mi hora habitual de llegada. Eso significaba que todavía me quedaba tiempo para darme una ducha y llegar a las siete al trabajo. ¿Qué estaba sucediendo? Pensé que la conversación con Joe había tenido que durar por lo menos veinte o treinta minutos, y recordaba perfectamente haber mirado el reloj del coche y haber visto que eran las seis y diez. ¿Cómo es posible que el tiempo que había pasado con Joe no existiera?

—¿Seguro que estás bien? —insistió Jim—. Te veo... diferente.

—Sólo estoy cansada —contesté por inercia.

Hábilmente, Jim cazó al vuelo una tostada que acababa de salir de la tostadora.

—¡Vaya una novedad! —murmuró para el cuello de su camisa.

Me preparé para replicarle con algún comentario sarcástico. Comencé a reunir frases en mi cabeza sobre lo mucho que trabajaba, lo poco que dormía y el derecho que tenía a estar cansada. Pero, de repente, me di cuenta de algo absolutamente increíble: ¡no estaba cansada en absoluto! Quizás era la primera vez que no me sentía completamente exhausta desde que Joey había nacido, nueve años atrás. En realidad, me sentía muy bien. No, fantásticamente; me sentía genial, llena de energía y hasta un poco eufórica. ¿Qué me pasaba? No era normal.

Corrí de cabeza al baño, dejando a Jim perplejo y confuso. Encendí la potente luz del techo y me miré detenidamente en el espejo. Lo que vi me impactó.

Christine Moore me estaba mirando, con un rostro fresco, tranquilo y sin arrugas, a pesar de estar bajo una bombilla de 120 vatios. Después, el dolor crónico en la región lumbar desapareció misteriosamente, igual que el dolor sordo de mis juanetes.

No me cabía la menor duda de que Joe tenía algo que ver con todo eso.

Como los amantes que aprietan las manos contra el cristal que los separa en la sala de visitas de una prisión, coloqué mis dedos de cuarenta y ocho años con toda delicadeza sobre aquella maravillosa imagen de mi juventud que estaba al otro lado del espejo. El reflejo alzó unas manos que eran blancas y suaves, llenas de juventud. Sin embargo, en mi lado del espejo, las manos estaban cubiertas de minúsculas arrugas secas y de una piel transparente que dejaba ver los nudillos prominentes y las venas azules. Hipnotizada, me incliné para mirarme todavía más de cerca.

—¿Dónde has ido a parar? —susurré, dejando un pequeño círculo de vaho en el cristal.

—¿Christine? —Jim me llamaba desde el vestíbulo—. ¿Estás bien?

Antes de que pudiera contestarle, se plantó en la puerta y la maravillosa figura del espejo se esfumó con la misma rapidez con la que había aparecido.

—Sí, estoy bien —contesté—. Nunca había estado tan bien.

Preocupado, Jim me miró de la cabeza a los pies e hizo un gesto de incredulidad.

Mientras me duchaba, pensé en todo lo que me había sucedido aquella mañana y en mi conversación con Joe. A pesar de mi feroz resistencia, una sutil semilla de esperanza y optimismo trataba de arraigar de nuevo en mi corazón. Me encantaba la sensación, aunque no me atrevía a confiarme. Me daba miedo pensar que las cosas podían mejorar, pero me asustaba aún más pensar que quizá no mejoraran.

Lamentaba no haberle hecho más preguntas a Joe. Por ejemplo, me preguntaba si todavía llevaba una Harley. No lo vi llegar ni irse, así que no lo sabía seguro, aunque esperaba que sí. Había algo en su imagen sobre esa magnífica máquina que irradiaba libertad, autenticidad y poder personal: todo aquello que Joe representaba.

Sin embargo, lo que peor me supo fue no haberle preguntado cómo podría contactar con él o cuándo lo volvería a ver, si es que iba a volver a verlo. Me pregunté si Joe me llamaría a casa, e inmediatamente comencé a preocuparme por si lo hacía. ¿Qué pensaría Jim si descolgara él el teléfono? ¿Qué le diría Joe? ¿Qué le diría yo? ¿Y por qué me sentía culpable si no había hecho nada malo?

Pasó una semana entera sin noticias de Joe. Aun así, encontraba pruebas de florecientes milagros en cosas en las que nunca habría reparado. Por ejemplo, mi ansia por comer dulces empezó a desaparecer. Cuando veía a Gracie sentada delante de la tele, devorando su regaliz rojo, no sentía ni la más mínima tentación de quedarme con unas cuantas tiras. A decir verdad, lo encontraba repulsivo, lo que no deja de ser extraño, porque era una de mis golosinas preferidas.

Entonces, por pura casualidad, encontré la vieja placa dorada que compré después de graduarme en la escuela de enfermería para llevar mi nombre en la bata. Lo consideré otro pequeño milagro, porque no sabía que todavía la conservaba. La descubrí enterrada en el fondo de un viejo joyero que le iba a dar a Gracie y a sus amigas para que jugaran. Hacía diez años que no la veía y la sostuve en la mano con nostalgia mientras leía la inscripción. «Christine Moore, E. D».», decía, y recordé con qué orgullo había lucido aquellas iniciales junto a mi nombre.

De aquellos días hasta hoy, la política y los procedimientos habían cambiado drásticamente en el Centro Médico Metropolitano, y probablemente también en los demás hospitales. Ahora las enfermeras diplomadas de nuestro hospital tienen que llevar la misma tarjeta de plástico que todos los demás, incluidos los técnicos de rayos X, los ordenanzas y hasta el servicio de limpieza. En la etiqueta figuraba el logotipo del hospital, una foto tamaño carné y sólo el nombre de pila del empleado, seguido de un pequeño eslogan que decía: «Compañeros en asistencia». Ya no se indica ni el título académico ni el puesto, todos son «compañeros en asistencia».

A mí me parecía que eso daba a los pacientes una falsa sensación de seguridad y hacía que asumieran erróneamente que todo el que participaba en su «asistencia» estaba igualmente cualificado. Algo que, por supuesto, le convenía al Centro Médico Metropolitano.

Metí rápidamente la vieja placa descolorida en un recipiente con limpiador de metales y la froté con un trapo suave hasta que le saqué brillo. Cuando fui a trabajar al día siguiente, hice algo completamente impropio de mí. Mi coloqué la placa de oro reluciente y lucí m «E. D». con actitud desafiante. Lo increíble del caso es que nadie, ni siquiera el auxiliar administrativo amargado de mi planta, se atrevió a decirme nada: otro pequeño milagro.

A consecuencia de mi encuentro con Joe tengo que admitir que comencé a encontrar excusas para ir al Shop-Well más a menudo de lo estrictamente necesario. Me acordaba de que necesitábamos leche u olvidaba deliberadamente comprar cereales, para volver a la mañana siguiente. Pese a que sólo me llevaba uno o dos artículos cada vez, recorría todos y cada uno de los pasillos en una especie de misión de reconocimiento, con la esperanza de volver a tropezarme con Joe.

Jim cada vez estaba más preocupado por lo que a él le parecía un estado de distracción alarmante. A pesar de que estaba absolutamente impresionado con toda aquella nueva energía en mí, me percaté de sus miradas suspicaces y de las malas caras que me ponía cada vez que anunciaba que tenía que hacer otro viaje al supermercado.

También comencé a arreglarme un poco por la mañana, antes de salir hacia el Shop-Well. Tampoco es que me esforzara demasiado, pero me paraba a maquillarme y me cepillaba el pelo antes de recogerlo en una coleta. Un par de veces vi que Jim olisqueaba el aire mientras dormía, después de que yo me hubiera echado unas gotitas de perfume. Sonreí. También comencé a ponerme un pañuelo de colores en la coleta, en lugar de dejar que la goma elástica realizara sola su función. Al fin y al cabo, Joe había dicho algo de que me cuidara más, ¿no? Además, ¿cómo podía enamorarme de mí misma si me exhibía en público tal como me levantaba de la cama?

Tras la segunda semana de infructuosa búsqueda entre los pasillos del Shop-Well, donde no encontré ninguna pista de Joe, comencé a darme cuenta de lo tonta que estaba siendo. Por experiencia, sabía que si Joe quería que lo viera, no tendría ningún problema para encontrarme.

Pasó otra semana y me sentía con tanta energía que un día me llevé las zapatillas de deporte al supermercado, para así poder correr por la playa después de haber hecho la compra. Llevaba años sin correr y me avergonzaba que me vieran en el paseo entablado, donde los corredores serios iban a realizar sus ejercicios matutinos. Supuse que no sería tan humillante si evitaba el paseo entablado por el momento, por lo menos hasta que me encontrara en mejor forma.

Decidí correr por la arena mojada y compacta de la orilla, que casi nadie utiliza por miedo a arruinar las caras zapatillas de deporte con el salitre del agua. A mis zapatillas tanto les daba, porque ya les había hecho un corte para que se adaptaran a mis juanetes. Era la única forma de poder correr sin tener que soportar un dolor insufrible. Cuando era joven, no tenía que utilizar esta clase de trucos, pero tampoco estaba en tan mala forma.

Inicié mi nueva rutina esforzándome tanto como me permitieron mis músculos aletargados. Me planté delante de la orilla y realicé una tímida sesión de estiramientos. Después de esos preparativos, ya estaba lista.

La mañana era agradable y el cielo del color de los pomelos rosados. Inspiré profundamente y comencé a correr despacio. La brisa marina alimentaba una niebla fresca que flotaba sobre la cresta de las olas y me

salpicaba con su refrescante humedad. Me sentía cada vez más despierta a medida que llenaba los pulmones con el aire del océano. Había decidido no medir las distancias, sólo controlaría el tiempo e intentaría correr de forma constante durante veinte minutos.

Me costó mucho más de lo que había pensado. Al cabo de sólo cinco minutos, reparé en la dolorosa existencia de ciertos músculos que no habían cobrado vida en más de una década. El sudor me empapaba la frente y me atacó el flato, pero seguí adelante, inasequible al desaliento.

Otro corredor solitario se cruzó conmigo y me saludó con la cabeza. Conseguí controlar la respiración para dar la falsa impresión de que correr no me causaba problemas. Por supuesto, justo después de que pasara, bajé la marcha y solté un gruñido.

Transcurridos los veinte minutos, me detuve de golpe y comencé a caminar en pequeños círculos, con las manos en las caderas, jadeando y sudando profusamente. Me detuve y me incliné hacia delante, intentando controlar la respiración y calmar el dolor en el costado.

No me di cuenta de que, a solo unos pasos, había un hombre de pelo largo sentado sobre una Harley-Davidson.

—No es imprescindible sufrir para perder peso —dijo una voz melodiosa.

Aunque el tono era tranquilo, me sacó de mi estado absorto y di un respingo.

—Joe —exhalé, pasmada ante aquella visión.

Tomé un poco más de aire. No estaba segura de si me había quedado sin aliento por el ejercicio o por la sorpresa de volver a verlo. Sus rasgos eran más suaves, como si lo estuviera mirando a través de la lente de una cámara especial, con la cara tan radiante como el mar centelleante y ligeramente iluminado por el resplandor rosado del cielo matinal.

—¿Qué te parece el amanecer? —me preguntó, levantando la mirada hacia el cielo incandescente que tenía a mi espalda.

Una brillante línea carmesí iluminaba el horizonte, como un prelude del sol naciente.

—Es precioso —suspiré—. Verdaderamente magnífico.

—Pues tú también, Christine —dijo simplemente. —¿Qué?

—Digo que exactamente como tú —añadió tras una breve pausa—. No te mates con el ejercicio ni con nada por el estilo. Eres preciosa en todas tus etapas, Christine... como el amanecer. Intenta disfrutar del proceso.

Estaba a punto de llorar, me ardían los ojos. Había pasado un montón de años desde la última vez que un hombre me dijo que era bonita y, hasta ese preciso momento, ni yo misma era consciente de lo mucho que había deseado que volvieran a decírmelo.

Esta vez no me paré a pensar. Corrí hacia Joe y le lancé los brazos al cuello. Él me acogió con un abrazo dulce y cálido.

—Las cosas no son tan difíciles como quieres que parezcan, Christine —me susurró al oído—. Todo es mucho más fácil de lo que parece.

—Vale, intentaré recordarlo —le prometí, levantando la cara para ver sus ojos color caoba—. Lo que pasa es que todo me supera enseguida ¿sabes? Me preocupo por los niños, por el dinero, por Jim y por mí, y por lo que puede suceder si no consigo arreglar nuestra relación y...

—Shhhh —susurró Joe con una sonrisa, poniéndome el dedo en el hoyuelo del labio superior—. Deja que te enseñe una manera de saber cuál debe ser tu prioridad del día, ¿vale? ¿Estás preparada?

—Dime. —Tragué saliva.

—Mira el espejo —comenzó—. En serio. Es así de simple —insistió, con sus manos envolviendo mi rostro—. Si quieres saber lo que tienes que hacer, mira el espejo y lo que veas en él será en lo que quiero que pongas especial cuidado ese día.

—Pero si siempre veo lo mismo —protesté—. A mí.

—Pues ahí está —contestó.

—Pero...

—Esa es la clave —me interrumpió—. Si quisiera que fueras contando las copas que tomó Jim la noche anterior o con quién se las tomó, en el espejo verías reflejada la cara de Jim. Pero no la ves, ¿verdad? Y eso es porque el que tiene que cuidar de Jim es Jim y la que tiene que cuidar de ti eres tú. ¿Entiendes?

—Pero...

—Pero nada —me cortó Joe, con una carcajada—. ¿Por qué siempre te cuesta tanto aceptar las lecciones más simples? Te di este cuerpo y esta vida para que hicieras lo que quisieras, pero no puse en tus manos el control de la vida de nadie más. ¿Lo comprendes?

En ese momento no dije nada. Joe tenía razón, claro. Pero es que no me imaginaba cómo iban a ir las cosas si no me mantenía alerta y no controlaba personalmente los aspectos económicos y prácticos del cuidado de la familia.

—Y, por cierto —añadió con una sonrisa maliciosa—, controlar el universo es mi trabajo; no el tuyo, ¿vale? ¿Queda claro?

Estaba asustada. Joe parecía pedirme que dejara de intentar controlar todo lo que, de todas maneras, tampoco conseguía controlar. Supongo que quería enseñarme que mis sensaciones de poder y eficiencia eran sólo una ilusión. Sin embargo, no podía parar de preguntarme qué pasaría si lo dejaba todo al azar. ¿Quién haría todo el trabajo de casa? ¿Quién prepararía la comida para los niños? ¿Quién la compraría? Y lo que era más importante aún, ¿de donde saldría el dinero?

No, me dije, Joe se había equivocado por completo en eso. Alguien tenía que asumir la responsabilidad de llevar una casa, y ese alguien tenía que ser yo. Es indiscutible que Jim es un soñador y un artista, mientras que yo soy práctica, sensata y realista. Sé hacerme con el control de la situación y lo avalan mis veinte años de enfermera. No me cabía la menor duda de que yo debía asumir el control. Abrí la boca para explicárselo, pero Joe ya había comenzado a hablar.

—¿Dónde ha quedado el romanticismo de tu vida, Christine? —me preguntó, y la pregunta me sorprendió—. Y ya que estamos, ¿dónde está tu sentido del humor? ¿Y tu creatividad? ¿Y tus ganas de divertirse? ¿Y tu pasión?

Tenía la ligera impresión de que mi boca seguía abierta pero, aunque sea raro en mí, no salía de ella ni una palabra.

—Mira —murmuró Joe suavemente, mientras apuntaba al horizonte, detrás de mí.

Obediente, me volví y lo que vi me hizo ahogar un grito de asombro. El cielo era una mezcla indescriptible de tonos rosados y dorados, donde se recortaban bellamente las siluetas de los botes que navegaban a lo lejos. Un regimiento de delgadas nubes del color de las llamas escoltaban al majestuoso sol de oro, que, alzado sobre el océano, derramaba una suave luz dorada sobre la playa.

—Ay, Joe —logré balbucear, incapaz de apartar los ojos de aquella espectacular vista—. Cuánta razón tienes. ¿Dónde está el romanticismo de mi vida?

Esperé su sabia respuesta. Como no llegaba, me volví y me sorprendió ver que, salvo por las huellas recientes de los neumáticos, la playa estaba completamente desierta.

CINCO

Las preguntas de Joe me obsesionaron durante unos cuantos días. No podía dejar de pensar en cómo podían redescubrirse aspectos tan intangibles como el romanticismo, la diversión, la pasión y la creatividad. ¿Por dónde esperaba que empezase? Además, cualquier persona razonable que supere los cuarenta sabe que eso son cosas que suelen desaparecer cuando se entra en la mediana edad. Si tuviera que decir algo, diría que los perdí en las mismas misteriosas y oscuras cavernas de mi mente que también se habían tragado el entusiasmo, el idealismo y la esperanza por un futuro mejor.

La supervivencia y la seguridad económica habían reemplazado insidiosamente las frívolas metas de la juventud, y quizá sea así como se supone que debe ser. Quiero decir que, cuando se tiene una familia, hay muchas más cosas por las que preocuparse que las pasiones y la diversión. Al menos, eso era lo que yo siempre había creído. Si ésa era la manera, como siempre indirecta, en que Joe me indicaba que debía tomar un nuevo rumbo, me pareció que lo mismo me podía haber pedido que sacara un conejo de una chistera. Simple y llanamente, no podía hacerlo.

Me quedé sentada en el coche, reflexionando sobre todo eso, mientras esperaba delante de la escuela de karate a que los niños acabaran su clase. Pensaba llevarlos a casa para que cenaran rápido y Joey se pusiera con los deberes. Luego llevaría a Gracie a su clase de ballet. Pero entonces ocurrió algo extraño. Joey salió como un torbellino por la puerta de la escuela y se metió de cabeza en el coche, con una cajita de cartón llena de hierba y trozos de lechuga. Sin darme tiempo a preguntar nada, Gracie apareció con un conejito escualido acurrucado entre sus bracitos rechonchos.

Supongo que no debería haberme sorprendido.

—¡Mami! —exclamó Joey con la excitación propia de los niños de nueve años—. ¡Gracie ha encontrado un conejo! ¿Nos lo podemos quedar? Por favor, mamá. No dará problemas. ¿Podemos? Por favor.

—No sabes si él es un conejo —reprochó Gracie a su hermano—. Podría ser una coneja, ¿verdad, mami? —dijo, sosteniendo al tembloroso animal contra el pecho—. ¿Nos lo podemos quedar? Por favor, ¿podemos? Ya le he puesto nombre. Se llama Jersey.

Entonces ocurrió otra cosa extraña. Me oí decir «sí», a pesar de saber que sería yo la que acabaría cuidando de aquel débil animalillo. En aquel momento, no era consciente de que aquel conejo medio muerto de hambre que sostenía mi hija sería el catalizador de algunos importantes cambios en la dinámica de nuestra familia.

Gracie decidió que no quería ir a su clase de ballet esa noche y, aunque sé que debí darle un sermón sobre la responsabilidad y sobre acabar lo que se empieza, la verdad es que sentí un gran alivio. No tenía ganas de conducir más, y eso por no mencionar que así podría preparar la verdura y la pasta que había comprado por la mañana en una de mis excursiones diarias al Shop-Well.

Nunca imaginé que llegaría a estar ansiosa por cocinar, pero, por raro que parezca, al disponer inesperadamente de un rato libre, me entraron ganas de cocinar una auténtica cena casera para mis hijos. Jim tenía un par de clases apalabradas en la escuela primaria de Bradley Beach y luego una actuación con su banda en el Harold's, así que no llegaría a casa hasta mucho más tarde. Por algún motivo, eso también me quitó un peso de encima. Supongo que me sentí un poco más libre para experimentar en la cocina. Y no es que Jim se hubiera quejado nunca. Supongo que sólo tenía miedo de que se quejara algún día.

Me sorprendí tarareando mientras ponía a hervir el agua para la pasta y comenzaba a cortar los tomates, las cebolletas y los ajos. Entonces capté un sonido muy extraño procedente del salón, donde Joey y Gracie jugaban con su nueva mascota. Se trataba del maravilloso y característico sonido de las conversaciones. Por increíble que parezca, su entusiasmo infantil por Jersey les había hecho olvidar sus entretenimientos

habituales, esto es, la tele, los videojuegos y los cedés. Por primera vez, no se oía nada más que las risillas sofocadas y los comentarios emocionados de mis dos hijos. Sus risas y sus chillidos de placer me acariciaban los oídos y, por un momento, dejé de cortar la verdura y me quedé escuchándolos con una enorme sonrisa que nacía de lo más profundo de mi ser.

Cenamos en la mesa, juntos, sin mirar el reloj y sin el parloteo incesante del televisor. Me avergüenza admitir que ni siquiera recordaba la última vez que habíamos cenado así. Los niños me contaron que Gracie había encontrado el conejo en el patio del colegio. Joey la había ayudado a capturarlo, y la maestra de Gracie les había explicado los pormenores de la dieta de un conejo. Nos reímos, charlamos, comimos. . . Y tuve la vaga impresión de que un rincón hambriento de mi alma encontraba, por fin, alimento.

Gracie y Joey jugaban a pillar en el jardín mientras yo lavaba los platos y los observaba desde la ventana de la cocina. La tarde de septiembre, en los últimos días del verano, era todavía cálida y agradable. Hasta el irritante ruido de la puerta mosquitera, que no paraba de dar portazos, me traía recuerdos agradables de los días despreocupados de mi infancia y me di perfecta cuenta de que me acababan de hacer un regalo precioso.

Los chicos se sentaron en la mesa de la cocina e hicieron sus deberes, mientras yo les preparaba los bocadillos para el almuerzo del día siguiente. Estaba concentrada con el bote de mantequilla de cacahuete cuando Joey me preguntó si quería hacer un «test de inteligencia». Le dije que sí y él me hizo unas cuantas preguntas simples, que yo respondí sin pensarlo entre fruta, pan, tarros y envoltorios. Gracie y Joey se reían de mis respuestas. No entendí qué les hacía; tanta gracia hasta que, en la décima pregunta, Joey me dedicó una mirada maliciosa y me dijo: —Gracias por hacerme los deberes, mami. Por lo que fuera, no se me ocurrió darle un sermón sobre honestidad y, en lugar de eso, me reí de mí misma. Para sorpresa mía, reírme me hacía sentir mucho mejor que sermonear.

Después de que se bañaran, nos reunimos todos en la habitación de Gracie, donde se pusieron los pijamas y se prepararon para ir a la cama. Esa noche, los dos querían dormir con el conejo, así que decidimos que Joey dormiría en el plegatín que había en la habitación de Gracie para que el conejo «no se sintiera solo». Los dos me dieron un beso de buenas noches y luego corrieron a la caja de cartón que habíamos dejado en un rincón de la habitación y le dieron las buenas noches a Jersey.

—Mamita —dijo Joey, cuando ya salía de la habitación. Hacía siglos que no me había llamado así. Por lo general, decía «mami» o «mamá», pero nunca «mamita».

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté desde el umbral.

—Esta noche me lo he pasado muy bien.

—Yo también —admití con una sonrisa.

—Y yo —añadió Gracie desde su cama.

Pero Joey no había terminado.

—¿Crees que podríamos hacer esto todos los días si Gracie dejara el ballet y dejáramos también el karate? —preguntó—. Me gusta mucho más estar contigo que con el profesor de karate.

—Y a mí —corroboró Gracie. Menos mal que estaba oscuro y mis hijos no vieron las lágrimas que asomaron a mis ojos. Desanduve mis pasos y me senté en un lado de la cama de Joey, en la oscuridad. Lo abracé y besé la suave piel de su mejilla.

—Me parece una buena idea —dije, con la esperanza de que mi voz no reflejara la profunda emoción que me embargaba. Me levanté y besé también a Gracie—. Ya hablaremos de esto por la mañana, ¿de acuerdo?

Cuando los niños se hubieron dormido, salí al jardín con mi vieja y oxidada silla de playa. Me dejé caer en ella y miré fijamente el cielo oscuro, aspirando los últimos efluvios del aire veraniego, cargado de olor a flores. Levanté la vista hacia las estrellas y comencé a buscar las constelaciones que había memorizado de pequeña. Cuando apenas había tenido tiempo para identificar la Osa Mayor, sentí el calor de una mano sobre la mía, que tenía apoyada en el brazo de la silla de playa. Podía

haberme asustado, pero no tuve miedo. Sabía quién era.

—Esta noche has estado maravillosa —dijo Joe con dulzura.

—Gracias —murmuré, todavía con la vista en las estrellas.

—¿Eres feliz? —preguntó.

—Tiene gracia que lo preguntes —respondí con una sonrisa satisfecha—. Hacía años que no era tan feliz. No sé si acabo de entender por qué, pero tampoco me lo planteo. Simplemente disfruto de mi felicidad.

—Bien.

Entonces me di cuenta de cuánto me había costado encontrar la felicidad donde debía. Hasta entonces solía buscarla en el fondo de un helado de medio litro o en mi informe laboral anual o en la balanza o en mi sueldo. Me di cuenta de que me sentía satisfecha sin tener ninguna razón en particular. Normalmente, a esa hora, estaba exhausta y asaltaba la nevera en busca de consuelo, energía o cualquier otra cosa. Que yo recuerde, era la primera vez que no tenía hambre a esa hora. Pensé que un poco de té aromático me sentaría bien, pero no quería nada más.

—Me alegra que vuelvas a comunicarte con tu cuerpo —sentenció Joe—. Eso siempre va bien.

Como por arte de magia, el viejo velo que me había hecho ver las cosas de forma confusa durante cuarenta y ocho años comenzó levantarse. Entonces me di cuenta de que había vivido cerebralmente, sin escuchar a mi cuerpo. Había tratado a mi ser físico como si no tuviera voz ni voto. Sin duda, llevaba demasiados años luchando contra mi peso. Siempre medía lo que podía comer y jamás escuchaba lo que tenía que decir mi cuerpo.

—¿De verdad es todo tan simple, Joe? —pregunté, con evidente turbación—. Nunca me paro a pensar en cómo me siento. Quiero decir, cómo me siento de verdad. Siempre estoy con dietas y visitando a supuestos expertos para que me digan lo que mi cuerpo necesita. Pero no es su cuerpo, es el mío. Lo que pasa es que nunca le he prestado demasiada atención ¿no? —Eso es.

Estaba lanzada y no podía parar de hablar. —Esta noche me he permitido experimentar sensaciones que hacía años que no sentía y, de golpe, no tengo nada de hambre. Eso sí que es un verdadero progreso, ¿sabes? Ayúdame a recordarlo, ¿vale? ¡No quiero volver a separarme de mi cuerpo nunca más!

Estaba convencida de que Joe se alegraba por mí, pero aun así lo veía pensativo.

—¿Estás ya preparada para dar un paso más? —me preguntó finalmente.

—Sí, claro. Por su puesto —mentí.

Un solo progreso al día era más que suficiente para mí, pero esa noche Joe estaba envuelto en un aura de tristeza, y yo quería que fuera tan feliz como yo. Cuando se ponía así, lo único que parecía animarlo era poder darme dolorosas lecciones. Por eso no me importaba en absoluto seguir profundizando voluntariamente en mi vida.

—¿Has pensado en nuestra última conversación? —quiso saber—. La del romanticismo, la diversión y la creatividad...

—Claro —contesté con orgullo—. ¿Es que no me has visto esta noche? ¿Acaso no has visto el plato de pasta que he preparado? ¡Eso sí es creatividad!

Pero Joe no se rió, y eso me asustó.

—Hablemos de tu relación con Jim —sugirió—. ¿Qué tal va?

—Supongo que bien —tanteé—. Vamos, es que tampoco lo veo demasiado y, bueno, supongo que va bien.

Joe me estrujó la mano y se inclinó para mirarme a los ojos. Había en él una intensidad y una fuerza que nunca antes había visto.

—Pues no es suficiente, Christine —dijo—. Tienes que exigirte más por lo que respecta a las relaciones. Tienes que volver a avivar el fuego. Tienes que recuperar los sentimientos. ¿Lo entiendes?

No me gustó que toda la responsabilidad de la salud de nuestro matrimonio tuviera que recaer sobre mis hombros. Quiero decir que, seguramente, yo tengo parte de culpa y quizás haya cometido algunos errores, pero Jim también. Al fin y al cabo, cualquier relación necesita de la participación de dos personas. ¿Por qué me cargaba a mí con todo el peso? Esperaba con todo el corazón que no me dijera que no estaba poniendo lo suficiente de mi parte, porque si lo hacía, acabaríamos discutiendo. Yo trabajaba en casa como una esclava, por no mencionar que también ganaba la mayor parte del dinero, mientras que Jim se sentaba en un bar a tomar unas copas y tocar con su banda. Ah, no. Iba a ser inflexible en este punto.

—No, Joe —respondí—. No lo entiendo. Para devolver la chispa a una relación hacen falta dos —añadí—. Sabes perfectamente que no puedo hacerlo sola.

—Te equivocas, Christine —me corrigió, sin poner ni una brizna de reproche en su voz—. Para encontrar el romanticismo con tu pareja, primero debes ser romántica. Tienes que ser capaz de vivir con tu romanticismo.

—¿Ah, sí? —exclamé, boquiabierta.

—Tienes que hurgar en tu interior para encontrar tu espíritu aventurero, recordar qué hay que hacer para pasarlo bien y reavivar tus pasiones. El romanticismo consiste en eso. Tiene muy poco que ver con la persona que comparte la vida contigo y muchísimo con la forma de verte a ti misma. Si no recuerdas qué es el verdadero romanticismo, mira a tus hijos, porque ellos son el vivo ejemplo. Si los observas con detenimiento, te mostrarán cómo debes comportarte en cada momento.

Entonces me asaltó un terrible pensamiento. —¿Estás a punto de volver a irte, Joe? —pregunté con la mayor ternura con que jamás había preguntado nada—. Porque yo todavía no estoy preparada. No tengo ni idea de cómo voy a reconstruir mi vida. Todavía te necesito, Joe.

—Ya lo sé —respondió—. No me voy a marchar tan pronto. Lo que pasa es que quiero que tú... y el resto del mundo... consigáis arreglar este asunto del amor.

Suspiré aliviada. Por lo menos tendría asegurado un respiro temporal.

—Sabes que lo intento, Joe —insistí—. Pero si quieres pondré más empeño. Sólo necesito unos cuantos consejos más, ¿vale?

—Vale. Muy bien —respondió, resplandeciente—. Dime, ¿qué fue lo primero que te atrajo de Jim? Tienes que ser totalmente sincera, Christine.

—Eso es muy fácil —contesté—. Su música. Me encantaba lo que era capaz de hacer con su saxofón.

—¿Y qué más? —me presionó, para conocer más detalles—. Intenta recordar.

—Bueno, me encantaba la idea de estar enamorada de un músico —admití como un corderito, e inmediatamente me avergoncé de tener tan poco carácter—. Era emocionante, ¿sabes? Veía que las demás chicas me envidiaban. Quiero decir que Jim podía haber elegido a cualquiera, pero me escogió a mí y eso me hacía sentir muy especial.

—Todo el mundo quiere sentirse especial —apuntó Joe con dulzura—. Pero cuéntame más cosas de por qué te enamoraste de Jim.

No estaba segura de qué andaba buscando, pero sabía que Joe siempre perseguía la verdad, por estúpida que pareciera. Sin perder de vista esa idea, continué hablando.

—Una vez, cuando creía que no le miraba, vi que daba la mitad de su bocadillo a un vagabundo —acabé diciendo—. Me caló muy hondo.

—Ya me acuerdo —dijo Joe, con una sonrisa—. A mí también me caló.

—... Y era una de las personas más alegres que he visto en la vida —añadió—. ¿Sabes? Cuando se levantaba, lo primero que hacía de buena mañana era comenzar a cantar o a silbar. ¿Cuánta gente conoces que se levante así?

Me detuve un momento y me paré a pensar en todo aquello. De repente, me di cuenta de que hacía una eternidad que no escuchaba los silbidos ni los cantos desenfadados de Jim, y me invadió una enorme tristeza.

—Y ahora dime qué pasó —me instó, poniendo la directa—. ¿Dónde fue a parar tanto amor? —preguntó—. Y, sobre todo, ¿qué es lo que tanto te preocupa?

No quería contestar a esas preguntas. Ponerme bajo aquel microscopio cósmico a través del cual Joe quería observarme era doloroso. Estaba a punto de negarme, pero al mirar sus ojos, sinceros e inquisitivos, supe que no podía decepcionarlo.

—El poder —admití con voz rota—. Me da miedo que Jim pueda tener algún poder sobre mí.

—¿Y por qué?

—Porque entonces lo tendría todo —respondí—. Y yo estaría en sus manos.

—Ay, cielos —susurró Joe—. ¿Por qué sigues temiendo ser vulnerable? ¿Por qué todavía te intimida tanto esa parte tierna y femenina que llevas dentro?

—¿Qué? —protesté, incrédula—. No me asusta mi feminidad —insistí con cabezonería—. Me asusta perder terreno a manos de... un hombre... de alguien a quien quiero.

Joe negó con la cabeza y levantó la vista a las estrellas. Se quedó observándolas en silencio, mientras yo luchaba a solas con mis pensamientos. Tuve la extraña sensación de que Joe y yo habíamos entablado una especie de guerra silenciosa e invisible.

Tras lo que me pareció un largo rato, Joe volvió a hablar, y su tono era tan cálido y suave como la propia noche de verano.

—La única razón por la que te asusta dejar que Jim se te acerque es el miedo a que lo que encuentre le decepcione..., porque tú estás un poco decepcionada contigo misma. ¿No es así, Christine?

Mi primer impulso fue protestar, pero sabía que sería en vano. Desde el preciso momento en que pronunció esas palabras, supe que eran ciertas. Nunca había querido que Jim descubriera que sólo era una más del montón.

Estaba condenada a ser una asalariada para toda la vida, a trabajar a la sombra de alguien, sin luz propia con que brillar. Mucho tiempo atrás me había dado cuenta de que en este mundo de carreras de caballos purasangre, yo era una mula de carga y siempre lo sería. ¿Quién podía culparme por no querer compartir esa información con mi marido?

Joe me sujetó las manos entre las suyas.

—Christine, eres una artista del más antiguo y noble linaje —dijo, con dulzura—. ¿No lo sabías?

—¿Ah, sí? —vacilé, respirando hondo—.

Pues tú dirás.

—No eres una más del montón. Tú curas a la gente —explicó, y yo ladeé la cabeza como un perrito ávido de caricias y esperé a que continuara—. Educar y curar forma parte de tu destino, independientemente de cómo te ganes la vida —dijo—. A las personas como tú las llamaban chamanes y gozaban de un gran prestigio en la sociedad. Tú eres una descendiente directa de ese linaje. Sin duda alguna, por eso elegiste la profesión de enfermera. Pero la medicina moderna ya no valora tus talentos ni tu preciosa intuición en esa área. Por eso debes encontrar otro camino que te permita brillar con luz propia.

Me quedé pasmada. Sin habla. Y halagada.

—¿Y sabes qué? —añadió.

Incapaz de contestar, me limité a negar con la cabeza.

—Todas las personas del mundo son artistas y especiales a su modo —me explicó—, pero no todos se dan cuenta. Jim tiene suerte. Es la clase de artista que los demás también reconocen. A los bomberos, las madres, los científicos, las camareras, los maestros y los contables les resulta mucho más difícil reconocerse como los artistas que son. El truco está en encontrar una forma de expresarse mediante el trabajo que se tiene. Debes descubrir el fin y la belleza de todas esas pequeñas cosas que creas al cabo del día, ya sea un plato de pasta, una operación de reanimación hecha, un hogar armonioso o una nota de música, un bonito cuadro o un juego con tus hijos. Todo eso mejora la calidad de vida.

Cuando finalmente entré para irme a la cama, todavía estaba desconcertada por las palabras profundas y sinceras de Joe. Miré a mis hijos y les di un beso suave en sus mejillas de satén, sin despertarlos. Me sentía como si estuviera flotando.

Antes de meterme en la cama, algo me empujó hacia la cocina, donde hice algo que no había hecho en muchos años. Saqué mi maravilloso plato de pasta de la nevera y lo dejé al lado del microondas. Entonces me acerqué al armario de la vajilla, saqué uno de mis platos favoritos pintados a mano, que casi nunca uso, y lo coloqué sobre la mesa de la cocina. Finalmente, dejé una nota para Jim en un Post-it rosa. Escribí:

Si tienes hambre, esta muestra de mi arte es para ti.

Me desperté ligeramente en mi sueño cuando Jim regresó de su actuación en el Harold's. Estaba demasiado cansada para abrir los ojos y sólo era vagamente consciente del rumor reconfortante del microondas y el ruido de cubiertos a lo lejos.

Entonces mi marido entró de puntillas en la habitación, se deslizó a mi lado y me besó con gran ternura en el hombro desnudo. Sin avisar, me caí de cabeza al vacío, tal como hacía diez años atrás, y me dejé llevar por adormilados recuerdos de nuestro antiguo amor.

SEIS

Además de estrechar el contacto con mis hijos, también comencé a entregarme más a mis pacientes. Al fin y al cabo, era una artista y cuando estaba en el trabajo, el pie de la cama era mi lienzo. Comencé a hablar con los pacientes y descubrí que la gente mayor tenía historias fascinantes que contar si alguien se permitía un poco de tiempo para escucharlas. En el Centro Médico Metropolitano, yo no me lo podía permitir, pero, aun así, los escuchaba. En lugar de rellenar el papeleo en el silencio estéril de la sala de enfermeras, me llevaba los formularios a las habitaciones de los pacientes, me sentaba en una cómoda silla y los animaba a hablar mientras yo preparaba mis informes de turno, levantando la cabeza de vez en cuando para compartir una sonrisa con ellos.

Comencé a sentirme enfermera de nuevo. No, a sentirme una chamán. Me encantaba ese término y hasta consideré añadirlo a mi placa de identificación. Iba mejorando cada día, hasta que nuestro auxiliar administrativo, sólo preocupado por los horarios y los números, me llamó aparte. Me dijo que pasaba demasiado tiempo junto a las camas, en lugar de hacerme cargo de otras tareas importantes como las facturas de suministros o la preparación de los informes para que las mutuas médicas nos pagaran.

Me reí.

Él no.

—En mi opinión, cuidar y consolar al paciente es trabajo de enfermeras —repuse con decisión, sorprendida de que un administrativo que nada tenía que ver con la medicina se creyera con derecho a criticar mis décadas de experiencia y aptitudes.

Desgraciadamente, tenía todo el derecho. El sistema sanitario actual del Centro Médico Metropolitano le concedía ese inmerecido privilegio, y yo no podía hacer nada por evitarlo. ¿O sí?

—Aguantarles la mano no sirve para que las terceras partes nos paguen —me replicó, ajeno por completo a la estupidez que acababa de pronunciar—. Tú eres una enfermera diplomada con un sueldo muy alto —continuó—. Deberías tener ocupaciones mejores.

—Tienes toda la razón —dije—. Y las tengo. En ese pasillo hay una mujer a la que se le acaba de implantar una prótesis de cadera y a la que le da un miedo terrible moverse. Necesita que alguien le devuelva la confianza y hasta le dibuje lo que se le ha hecho para que empiece a aceptar esa nueva parte de su cuerpo —espeté, y me levanté para marcharme—. Si me permites, tengo que hacerme cargo de muchas personas, y no de tanto papel.

Giré sobre mis talones y volví con mis pacientes, convencida de que no tenía nada que perder, excepto un trabajo que odiaba hacer como me mandaban. Estaba segura de que Joe tenía razón al decirme que era una artista y una chamán, y no pensaba negarlo. Decidí hacer mi trabajo tal como sabía que debía hacerse y dejar que las cosas cayeran por su propio peso. Era una enfermera, no una máquina de rellenar papeles, y esa idea me satisfacía enormemente.

Me di cuenta de que me había acostumbrado a aceptar la mediocridad, y no sólo en el trabajo sino también en mi matrimonio. Si quería ser sincera, sabía que tendría que centrarme en lo que estaba pasando entre Jim y yo. En las pocas ocasiones en que compartía mis desgracias maritales con otras mujeres, lo que siempre acababa saliendo en la conversación era la estupidez de que debía dar gracias por tener compañía a mi edad. ¿Por qué siempre dicen eso? Como si después de los cuarenta lo único que se pudiera pedir a una relación fuera estar bien acompañado. Pues yo quería algo más. Quería amor, pasión, emoción y romanticismo, y no esa estupidez de «estar acompañada». Había silenciado mis sentimientos manteniéndome ocupada un montón de años, mientras las demás facetas de mi vida se ponían en punto muerto. No tenía ninguna intención de continuar en esa especie de limbo ni un segundo más. Ya era hora de poner las cosas en su sitio.

Acabé mi turno y salí a la cálida y dulce tarde de septiembre. Había llovido hacía poco, pero el sol volvía a brillar con sólo alguna pincelada de otoño en el claro cielo.

Mientras me dirigía al concurrido aparcamiento donde tenía el coche, me asaltaban multitud de pensamientos y preguntas sobre cómo debía reorganizar mi vida. Sentía que ya habían empezado a producirse algunos cambios importantes, especialmente desde que había comenzado a sentirme más cerca de mis pequeños hijos, y me preguntaba si debía sentirme satisfecha sólo con eso.

—La autocomplacencia nunca es la meta —dijo una voz familiar, pero no me sorprendió lo más mínimo encontrar a Joe sentado en su Harley, al lado de mi Toyota.

—¿Qué tiene todo el mundo en contra de la comodidad? —dije, muerta de risa.

—Mientras no olvides seguir creciendo cuando estás tan ocupada en comodidades... —bromeó. Entonces golpeó el asiento de piel de su moto—. Vamos, ven a dar un paseo conmigo —me invitó.

No me lo esperaba y me puse un poco nerviosa.

—¿Qué? No, no, Joe, no puedo. ; —Claro que puedes —me retó con una sonrisa picarona—. Jim recoge hoy a los niños en el colegio y, si me permites, tienes suficientes provisiones para alimentar a un ejército. —Pero...

—Pero a menos que tengas algo mejor que hacer que buscar el sentido de la vida —me interrumpió—, me parece que es un buen momento para realizar una seria introspección en tu alma —dijo, mordiéndose el labio inferior para ocultar una sonrisa burlona, mientras esperaba mi respuesta.

No muy convencida, agarré el casco que me tendía y me subí detrás de él.

Salimos del aparcamiento del hospital ante las miradas atónitas de los visitantes que llevaban flores y los empleados que cambiaban de turno. Supongo que aquella reacción no debería haberme sorprendido.

En un hospital digno y conservador como aquél, Joe y yo formábamos una extraña pareja: una enfermera cuarentona con la ropa del hospital, de paquete en una motocicleta con un tipo de pelo largo y aspecto extravagante, que saludaba con la cabeza y sonreía a todo el que se le cruzaba. Lo curioso del caso es que la situación me pareció divertida.

Aceleramos un poco y nos dirigimos hacia el norte por Ocean Avenue, con la brisa húmeda del mar bañándome la cara. Mientras corríamos entre casas, puestos de perritos calientes y restaurantes, me vacié del aire putrefacto del hospital y me llené los pulmones de aire oceánico, fresco y limpio.

—¿Adonde vamos? —grité al oído de Joe.

—A Sandy Hook —respondió por encima del rugido del motor.

Sandy Hook era una pequeña península de Jersey que penetra en el océano como un garfio. Las playas de esa península no están edificadas y tienen una belleza tosca. Cuando el cielo está claro, algo habitual a principios del otoño, se ve Manhattan desde la orilla.

Joe condujo unos cuantos kilómetros más, hasta la punta del garfio, y se detuvo en el último aparcamiento. Desmontamos y colgamos los cascos del manillar, como una pareja de curtidos motoristas. Me quité los zapatos y, con ellos en la mano, nos acercamos al agua.

Mientras caminábamos, eché una mirada furtiva a Joe y me sorprendió su extraordinario atractivo físico.

La brisa del mar le revolvía la melena y el sol iluminaba las canas plateadas. Aunque no era de portada de revista, tenía un aura de serenidad en el rostro que lo hacía irresistible. Pero lo que más me gustaba de él eran sus labios, carnosos y con una ligera inclinación hacia arriba en ambos extremos, como si fuera a sonreír a la primera ocasión.

Habían pasado años desde la primera vez que observé todos esos rasgos y, de repente, sentí una punzada de culpabilidad. ¿Cómo podía encontrar a ese hombre tan increíblemente atractivo si estaba casada y era madre de dos niños? ¿Cómo podía ser tan frívola? ¿Por qué no había evolucionado lo suficiente para dejar de lado la atracción física y poder centrarme en todas las cosas maravillosas que Joe podía enseñarme? Diez años atrás, cuando lo vi por primera vez, ya me encontré con ese problema, y ahí estaba de nuevo, comportándome como si todavía fuera una quinceañera en busca de una estrella del rock.

Joe debió de notar mi angustia. —¿Estás bien? —preguntó como quien no quiere la cosa, aunque yo sabía muy bien que él nunca preguntaba nada porque sí. Joe nunca sacaba a relucir una cuestión sin un propósito claro y definido y, además, yo sabía que no me dejaría escurrir el bulto.

Estaba de pie en la orilla y dejé que una ola me mojara los pies desnudos.

—Ay, Joe —suspiré—. Ya vuelve a torturarme lo mismo. Me siento muy culpable por estar aquí contigo.

—¿Y eso por qué? —preguntó, sin demostrar ninguna emoción.

—Porque estoy volviendo a enamorarme de ti —admití, abatida—. Ya sé que nuestra relación se supone que es pura, inocente, casta y todas esas cosas —conseguí añadir—, pero comienzo a sentir algo por ti que no es tan casto

—dije, sin acabar de creer que le hubiera soltado aquello. Me sentía fatal—. Soy una mala persona, Joe —continué—. No dejo de pensar por qué Jim no puede parecerse más a ti... y ser amable, paciente, sabio e imparcial.

—¿Y cómo sabes que no es así? —me preguntó con calma.

—Porque estoy casada con él —espeté, aunque creo que lo hice demasiado deprisa. Debí sospechar que Joe me estaba lanzando el anzuelo, que, por otra parte, parecía su método preferido de enseñarme lo que quería que aprendiera en cada momento.

Joe apoyó la espalda en una roca del espigón y, al verlo iluminado por el sol tenue y dorado de la tarde, se me subió el corazón a la garganta. .

—En primer lugar —comenzó Joe—, todos esos sentimientos que están despertando de repente y te están invadiendo no tienen absolutamente nada que ver con una atracción física hacia mí. ¿Entiendes? Así que deja de sentirte culpable, ¿vale?

—¿Entonces, qué puede ser? —pregunté.

—Es el amor que vuelve a tu corazón —explicó pacientemente, mientras otra ola me mojaba los pies y se extendía por la arena—. Lo que ocurre es que estás confusa porque hace mucho tiempo que cerrabas el paso al verdadero amor.

—Ah. —Fue lo único que pude decir, ya que me había quedado sin palabras.

—Y sobre eso de que te gustaría que Jim fuera mejor —continuó Joe—, puedes ayudarlo relajándote y convirtiéndote en una persona más feliz. Deja de querer solucionarle la vida y concéntrate en ti. Déjale el espacio que necesita para demostrarte quién es en realidad. Deja de contar las copas que bebe, de mirar el reloj y de imaginarte qué estará haciendo por ahí —prosiguió. Los dos estábamos quietos y las olas seguían mojándome los pies—. Deja de controlarle la vida, Christine —me recomendó, y yo, aunque me dolía, sabía que tenía razón.

A medida que habían ido pasando los años, en lugar de intentar mejorar las cosas, me había vuelto más rígida y controladora, y estaba destruyendo nuestra relación.

No sé cómo pude darme cuenta de aquello en tan sólo un segundo, pero así fue. Quizá fue osmosis o algo parecido. —¿Sabías que Jim reza por ti cada noche? —me dijo Joe en un tono tan apagado que casi no se le oía.

Esas palabras me llegaron muy adentro e inmediatamente noté que algo se movía físicamente en mi corazón, como si se produjera uno de esos movimientos tectónicos que producen los terremotos.

—¿Ah, sí? —pregunté con un hilo de voz—.

¿Qué dice?

—Eso es información confidencial.

—Perdona. Es sólo que... —comencé, pero no pude continuar porque la emoción se hinchaba como un globo dentro de mí y menguaba mi capacidad de hablar.

—Dime —me animó Joe.

Comencé a llorar.

—Es sólo que no sabía que todavía se preocupara tanto por mí —sollocé—. Es que es lo más dulce y romántico que ningún hombre haya hecho jamás por mí.

Joe permaneció en silencio mientras yo meditaba. Imagínate, un hombre que reza por su mujer, por una mujer que lo critica y lo atormenta con infinidad de cosas insignificantes.

Estaba sorprendida, pero aún me rondaba algo por la cabeza.

No todo lo que me preocupaba era trivial o irrelevante y, aunque rezara por mí, también había hecho cosas que me habían herido profundamente.

Para mí era difícil, por no decir casi imposible, olvidar algunos de esos episodios. ¿Qué se suponía que debía hacer con toda esa carga?

—¿Qué hago con todo mi resentimiento, Joe? —pregunté con timidez. El rostro de Joe se endulzó, lleno de compasión, mientras yo le formulaba la pregunta más difícil—. ¿Cómo me deshago del rencor acumulado por las cosas que me hizo en el pasado?

Sin palabras, Joe extendió las manos dócilmente y yo se las tomé.

—Cárgame con tu resentimiento —murmuró dulcemente—. Es la única manera de deshacerse de él. Sólo tienes que susurrármelo al oído, aunque pienses que no estoy escuchando, y yo me haré cargo de él.

—¿En serio? ¿Así de sencillo? —pregunté esperanzada—. ¿Quieres decir que no lo he echado todo a perder? ¿Quieres decir que todavía hay esperanza para que las cosas vayan bien entre Jim y yo?

—No se han estropeado tanto como crees —dijo Joe, con astucia—. Lo que pasa es que te dejaste llevar por el papel de «esposa». Te abandonaste y comenzaste a preocuparte de todos los demás, y especialmente de sus defectos, en lugar de centrarte en ti. Eso siempre ha sido tu mayor problema.

—¿Y qué debo hacer? Dime algo concreto, ¿eh? —le supliqué.

—Vale —aceptó, después de reírse—. Para que las cosas mejoren tienes que encontrarte a ti misma. Quiero que vuelvas a casa y te reserves un hueco en cualquier parte. Ya sé que la casa es pequeña, pero no necesitas una habitación entera, sólo necesitas un rincón, un espacio que sea sólo tuyo. Personalízalo con cosas que aprecies, ya sabes, con la alfombrilla azul que tanto te gusta, el jarrón pintado a mano que te dio tu hermana, o incluso tu cofia de enfermera, si es que la encuentras.

—¿Y eso de qué va a servir? —puse los ojos en blanco.

Como de costumbre, Joe se mostró infinitamente paciente conmigo.

—¿Te acuerdas de cuando trabajamos juntos hace diez años? —preguntó—. ¿Te acuerdas de cuando te hice hacer limpieza en tu armario y tu no parabas de quejarte por ello?

Pensar en ello me provocó dolor.

—¿Cómo quieres que lo olvide? —admití, soltando un suspiro—. Tenías razón, tenía que abandonar un montón de cosas que me desordenaban la vida y no me dejaban hacer lo que debía —concedí—. Pero ya no es el caso.

—Ya lo sé —dijo—. Ahora lo que quiero es que refuerces un poco tu espacio vital. No quiero que abandones tus cosas con facilidad. En lugar de vivir en nombre del matrimonio, tienes que reservar un poco de tiempo y de espacio para ti sola. Jim lo entenderá. Es un buen hombre. Sólo tienes que volver a poner un poco de fe en él. Siéntate a observar en qué se convierte en el espacio que le dejes. Supongo que no te decepcionará.

—¿Supones? —lo provoqué—. ¿Tienes que suponerlo? ¿No sabes cómo reaccionará Jim?

Joe pareció herido de veras y no era difícil adivinar el motivo. Había vuelto a dudar de él y supongo que estaba harto de tanta desconfianza. Comencé a reformular la frase, pero Joe ya había comenzado a hablar.

—Aquí entra en juego algo llamado «libre albedrío» —explicó—. Me gustaría que la gente intentara recordarlo. Yo no lo controlo todo. Sólo estoy disponible para ti y para todo el mundo, como una especie de servicio de rescate que enseña la salida a los que se han perdido, pero nadie dice que sea obligatorio seguirme. Lo único que digo es que se trata de una decisión personal.

—Lo siento, Joe —murmuré—. Te insulto constantemente, cuando lo único que intentas es ayudarme. ¿Me perdonas?

Joe tardó en contestar. Se separó de la roca en la que se había apoyado y caminó por la arena que la marea había alisado. Recogió un palito y comenzó a escribir.

—Haré algo mejor que perdonarte —anunció, con una sonrisa—. Te escribiré unos cuantos recordatorios —añadió, grabando las palabras sobre la arena—. Ya sabes, algunas cosillas a las que tienes que prestar especial atención.

Observé atónita cómo escribía con el trazo más exquisito que he visto nunca:

Receta de Christine para el romanticismo

1. Recuerda que no has dejado de amar ni a tu marido ni a tu trabajo. Has dejado de amarte a ti misma.
2. Si quieres saber cuál es tu objetivo, mira en el espejo.
3. Esfuérzate por no volver a separarte jamás de tu cuerpo.
4. Deléitate sabiendo que eres una artista, una chamán, una sanadora.

Eran palabras profundas y traté de memorizarlas mientras las olas amenazaban con borrarlas.

—Joe! —exclamé—. ¿Por qué lo has escrito en la arena? ¡El océano lo borrará!

Impávido, Joe retrocedió y observó cómo las olas barrían hasta el último trazo de sus preciosas palabras.

—La seguridad no existe —afirmó, con una sonrisa—. Eso también debes aprenderlo.

SIETE

En los días que siguieron, empezaron a producirse un buen número de cambios, algunos sutiles, otros más obvios. Sin que yo les dijera nada, Joey y Gracie escogieron el jueves como día en el que no realizarían actividades extraescolares, porque estar en casa era mucho más «divertido». ¿Os lo imagináis? Me planteé si aquello respondía al hecho de que llevaba unos días más relajada y quizá se hacía más fácil estar conmigo. Era una posibilidad.

Jim y yo también introdujimos cambios en nuestros horarios para poder pasar esa tarde juntos en familia. Elegíamos distintas opciones para cenar: a veces cocinábamos juntos y otras optábamos por ir a buscar comida rápida. En ocasiones sacábamos juegos de mesa después de la cena y, otras veces nos quedábamos viendo la tele juntos. Una noche, mientras observaba a mi familia bajo el resplandor de la pantalla del televisor sin que ellos lo supieran, me invadió una poderosa sensación de felicidad. Aquella escena tan agradable era un milagro que había anhelado durante mucho tiempo y que por fin se estaba produciendo en el salón de mi casa cada jueves por la noche. Aunque sólo fuera un día a la semana, por el momento ya me bastaba.

En un ataque de optimismo desenfundado, acepté la oferta de Jim de hacer la compra entre clase y clase. Nunca había confiado en que trajera la marca correcta de lejía o las verduras suficientes, pero, por alguna razón, comencé a darme cuenta de lo insignificantes que eran esos pequeños detalles. Por una vez, había decidido despreocuparme de las compras y aceptar un poco de ayuda por parte de mi pareja. Quizá no parezca gran cosa, pero en el contexto de mi familia, representaba una enorme concesión por mi parte.

Me avergüenza admitirlo, pero a veces Jim traía a casa marcas totalmente distintas que, además de ser más baratas, eran mucho mejores que las que yo solía comprar. Demostró además ser un comprador mucho mejor que yo, y ahorra con cupones más de lo que yo creía posible. Sin embargo, lo que me impresionó por encima de todo, fue que jamás dijo nada al respecto. Lo descubrí al repasar las cuentas y, por decirlo de algún modo, aquello me encandiló. Si hubiera sido al contrario... bueno, pues no sé si habría sido tan generosa.

También comencé a dejar que el montón de la ropa sucia creciera, en lugar de forzarme a liquidarlo a altas horas de la noche, cuando ya estaba completamente exhausta después de todo un día de trabajo y familia. Comencé a no poner la lavadora cada día y hacía la colada por la tarde temprano. Cuando sacaba la ropa de la secadora, dejaba que los niños me ayudaran y hacíamos un juego de clasificarla y doblarla. Me parecía increíble que antes no me hubiera fiado de nadie para hacer esas tareas. Estaba aprendiendo a ser un poco más flexible y me daba cuenta de que la vida se me hacía infinitamente más fácil. Me admiraba al ver que no se acababa el mundo si las toallas o las sábanas no estaban dobladas tal como me había enseñado mi madre y que se dormía igual de bien en una cama que no estuviera tan bien hecha como las del hospital. No entendía cómo no me había percatado de todas esas cosas antes.

Por la noche, después de que Jim saliera a tocar con su banda, me sentaba en el sofá con Gracie y Joey y les leía cuentos antes de que se fueran a acostar. Aunque los dos eran lo bastante mayores para leer solos, encontrábamos algo reconfortante e incluso mágico en el hecho de compartir aquel ritual tranquilo y relajante. Parecía darles una sensación de seguridad que, además, estrechaba mis lazos maternos con ellos.

Hasta el trabajo se me había hecho más soportable. Por una parte, había descubierto que centrarme en las partes de mi trabajo que todavía me aportaban algún tipo de satisfacción, me ayudaba a minimizar mi disconformidad con la burocracia. Volqué la mayor parte de mi energía en explicar a los pacientes algo sobre sus enfermedades o dolencias, pero siempre sin dejar de escucharles. Eso no aligeraba la cantidad de papeleo y estupidez administrativa que había que cursar, pero contribuía a que no reparara tanto en ello. A medida que me implicaba más con los pacientes de nuestra unidad, también me percaté de que algunas enfermeras más jóvenes me pedían consejo. Me estremecí al pensar que antes me había mostrado reacia a compartir con ellas mi experiencia, porque tenía mi tiempo demasiado ocupado para preocuparme por ellas.

Al verme como una sanadora antes que como una empleada, era mucho más generosa con mi tiempo. Después de más de dos décadas de profesión, acabé por estar completamente segura de quién era y cuál era

mi misión, y eso era lo único que importaba. Si a los burócratas no les gustaba, era su problema. Lo gracioso es que cuanto más firme y convencida me mostraba, la gente que solía meterse conmigo comenzó a dejarme en paz. Era fascinante.

Incluso la comida me parecía cada vez menos importante, quizá porque ya no me sentía tan vacía. La gente empezó a darse cuenta de que estaba perdiendo peso, incluso antes que yo, y eso sí era un verdadero milagro. Por lo general, era penosamente consciente de todas y cada una de mis fluctuaciones de peso, pero en esos momentos no me parecía algo tan importante.

Paradójicamente, cuanto más me olvidaba de la balanza, más adelgazaba. Me preguntaba si Joe se habría referido a eso cuando me dijo que no era imprescindible sufrir para perder peso. Ya que no me obsesionaba con las dietas, las calorías y el peso, disponía de una inusual fuente de energía que podía destinar a otros propósitos mucho más productivos.

Decidí destinar mi renovado vigor a buen fin. Un viernes por la noche que Jim tocaba con su banda y los niños habían ido a casa de unos vecinos para pasar la última noche del verano con sus amigos, tuve la agradable sorpresa de disponer de toda una noche para mí sola. Estaba inspirada, así que decidí construir aquel espacio personal que Joe me había recomendado con tanta insistencia.

Hice una rápida excursión a la tienda Pier One y compré un pequeño escritorio blanco muy barato y una silla a juego, para colocarlos en un rincón del comedor que nunca se utilizaba. Después, revolví el garaje hasta que encontré el biombo de seda que utilizaba de soltera y lo coloqué tapando el escritorio, para asegurarme un poco de intimidad. También encontré la alfombrilla azul que había mencionado Joe y la coloqué al lado de la silla. Añadí un par de velas perfumadas, un precioso diario intacto que me habían regalado hacía tres años, y un par de novelas para las que intentaba encontrar tiempo desde 1994. Recuperaba partes de mi pasado completamente olvidadas y las volvía a reunir, me sentía como un rompecabezas.

El tiempo pasó volando mientras buscaba objetos importantes de mi vida y los añadía a mi santuario particular. En el estante superior del armario, oculta tras unas polvorientas cajas de zapatos y monederos pasados de moda, encontré mi cofia de enfermera. Era la que recibí en la ceremonia de graduación, en la prehistoria. La tomé con ternura entre mis manos y examiné aquel pequeño trozo de organdí como si se tratara de un fósil que pudiera evaporarse al más mínimo roce. Aunque parecía un molde para magdalenas y seguramente no llegaría a pesar ni treinta gramos, en una ocasión tuvo mucho peso para mí.

Las cosas habían cambiado muchísimo desde entonces, y sin previo aviso. Habíamos vivido en una era diferente en la que el dinero y los seguros médicos ni siquiera constituían un pequeño punto en nuestra agenda, mientras que el bienestar de nuestros pacientes era la prioridad indiscutible de todo hospital. ¿En serio había existido aquella era de la inocencia? Una ola de nostalgia me invadió y tuve que cerrar los ojos. Sentí que era transportada al pasado, a un pasado en el que algo tan simple

como una cofia de enfermera había constituido un símbolo de orgullo, un rito, un tributo a una noble profesión.

De repente, volví a aquella sala tenuemente iluminada en la que cincuenta estudiantes de enfermería permanecían arrodilladas, con la cabeza gacha, sosteniendo en sus jóvenes y temblorosas manos una vela blanca. Aunque, en realidad, estaba en el dormitorio que compartía con mi marido, sentí la misma sensación que aquella noche lejana, como si no hubiera pasado el tiempo. Habría jurado sentir el peso de la cofia de organdí al tocarme la cabeza, cuando la fijaron a mi pelo castaño.

—El pasado siempre parece mucho mejor en retrospectiva —dijo alguien desde la distancia y, al abrir los ojos, descubrí a Joe frente a mí—. Pero tampoco hay que querer volver atrás —añadió—, porque entonces se elimina la idea de progreso.

—Pero es que antes todo era mucho mejor —susurré, como si todavía me encontrara en medio de la ceremonia de graduación.

—No necesariamente —replicó Joe con nostalgia—. Simplemente era distinto. Y quizá más simple. Pero eso no quiere decir que fuera «mucho mejor».

—¿Dónde has estado? —solté, sin mostrar ningún interés por lo que había estado diciendo—. Te he echado de menos.

—Ya lo sé —admitió, sin que sonara presuntuoso. Siempre quise saber cómo lo conseguía.

—Quiero hacerte una pregunta —dije, recordando súbitamente la tarde que pasamos en Sandy Hook.

—Dispara.

—¿Por qué sólo me diste cuatro instrucciones en lugar de seis como la otra vez? ¿Y a qué venía todo eso de que la seguridad no existe? No lo entendí. ¿Te importaría explicarte?

A Joe le pareció divertido. Se sentó sobre la cama. Sin saber por qué, me dejé caer en el suelo y me senté a sus pies, como un niño que adora a un adulto. Por algún motivo, me sentía muy cómoda.

—Escucha con atención, Christine —comenzó Joe, mientras su voz tomaba un cariz un tanto sombrío—. Cuanto más te desarrollas, más generales son los principios que debes recordar. Mira, a medida que las personas van creciendo y se van sintiendo más cómodas con su espiritualidad, las fronteras entre individuos empiezan a difuminarse, y eso es bueno, Christine. Ya estás muy cerca de entender que, en esencia, todos somos uno. La primera vez tuve que darte instrucciones más concretas, porque todavía no estabas preparada para comprender lo que he intentado enseñarte esta vez.

Intenté captar la magnitud de las palabras de Joe en silencio.

—¿Habrá una próxima vez? —quise saber.

—Quizá sí —dijo en un tono poco comprometido—. ¿Lo ves? A eso me refería al decir que la seguridad no existe, Christine. Existe, pero no como la mayoría de la gente la concibe. No hay que buscar la seguridad en las cosas, en el dinero o en las promesas, porque se encuentra en el corazón, en la forma de vivir cada día para hacerlo valioso, y también en los demás, ya sea ayudándolos o dejando que te ayuden. Siempre estamos en las mismas. La buena voluntad entre las personas es la máxima expresión de seguridad.

—Pero ¿qué ocurre entonces con la gente que no se ha desarrollado lo suficiente? —me interesé—. ¿Qué pasa con la gente que piensa que robar, matar y causar problemas es divertido?

—A eso es a lo que yo llamo «libre albedrío malogrado» —respondió Joe, con tristeza—. Creé el libre albedrío para incitar la buena voluntad, pero tal como has dicho, no todo el mundo piensa de la misma manera —añadió.

Fijó la vista en la ventana y miró las estrellas durante un buen rato, algo raro en él—. Y la gente me culpa por dejar que ocurran cosas malas —continuó, como si no hubiera existido ninguna pausa en el diálogo—. En realidad, la gente piensa que yo provoqué las catástrofes y se preguntan qué clase de «Dios» es capaz de hacer esas cosas. La mayoría todavía no ha entendido que yo les regalé el don del libre albedrío sin pedir nada a cambio. Yo he depositado mi fe en vosotros y confío en que todos y cada uno de vosotros haréis lo que debéis, independientemente de las veces que os salgáis del camino o hagáis mal uso de vuestro don.

No supe qué decir. Me inquietaba ver a Joe tan dolido y molesto. Le miré a los ojos y me sorprendió ver que estaba conteniendo las lágrimas. De repente, lo único que quería en este mundo era consolar a aquel hombre que se había pasado toda su vida consolando y guiando a los demás.

Le puse la mano en la rodilla, como una criatura confundida que intenta consolar a su padre angustiado.

—No volveré a culparte de nada, Joe —le prometí—. Tiene que ser terrible trabajar tanto para ayudar a la gente y que luego todos acabemos dándote la espalda cuando llegan los problemas.

—Gracias, Christine —dijo bajito. Un atisbo de sonrisa le curvó los labios. Entonces me acarició la mano, se levantó y se marchó.

OCHO

Después de que Joe se marchara, me quedé en el dormitorio, disfrutando de la paz y la tranquilidad que había dejado tras de sí. Qué ironía, para una vez que gozaba de toda la intimidad y soledad que siempre había deseado, ya no quería estar sola. Entonces se me ocurrió algo. ¿Por qué no iba al club donde tocaba Jim esa noche y le daba una sorpresa? Me sentaría bien mostrarme como una mujer activa y comprometida en lugar de la mujer desaliñada, reglamentada y mediocre en que me había convertido en los últimos años.

Saqué de mi armario una toalla rosa de baño recién lavada, de las que reservo por si vienen visitas, y la coloqué en el toallero. Después revolví el cajón superior hasta que encontré los jabones franceses que Jim me había regalado por mi cumpleaños y que nunca había tenido humor para estrenar. Bueno, pues esa noche sí estaba de humor.

Me entretuve en la ducha, todo un lujo, y disfruté con el aroma floral del jabón. Después me senté en una silla y me embadurné de crema hidratante, una excentricidad que siempre me negaba por falta de tiempo.

Me encontré con la agradable sorpresa de que todo lo que tenía en el armario me iba demasiado grande, pero decidí no preocuparme por eso. Entonces recordé que hacía unos años, en un momento en el que intentaba motivarme para perder peso, me había comprado unos vaqueros varias tallas más pequeñas. Los encontré arrinconados en el fondo del armario y me los puse. Todavía me quedaban anchos. Fue una sensación fantástica. Después escogí una camiseta malva que había encogido increíblemente al lavarla y me estremecí al comprobar que me quedaba perfecta. Añadí un cinturón brillante, unas sandalias a juego, un brazalete de plata, un toque de maquillaje y... lista para mi primera aparición en el club, después de un montón de años.

Llamé a mi vecina y le dejé mi móvil por si los niños necesitaban algo. Una vez hecho, me metamorphoseé mentalmente en una especie de versión más serena y madura de Christine Moore, a punto para pasar una magnífica noche en compañía de un músico guapo y con talento que siempre la había tenido encandilada.

El Harold's estaba animado, lleno de humo y poco iluminado. De hecho, era tal como lo recordaba. Lo único realmente distinto era..., bueno, yo. Y, por supuesto, el hecho de que a los gorilas de la entrada ni se les pasaba por la cabeza la idea de pedirme el carné. Esa parte era bien distinta, lo puedo asegurar.

Me gustaban los cambios que iba notando en mí. Mientras me abría paso hacia una silla vacía, cerca del escenario, me sentí invadida por una renovada confianza. Me encantó descubrir que entre tantos rostros suaves y tersos y tantos cuerpos perfectos, no me sentía nada intimidada ni fuera de lugar. En lugar de sentirme ridícula o amenazada por aquellas jovencitas que flirteaban descaradamente con mi marido, sentía compasión por todo lo que tendrían que pasar antes de llegar a la magnífica etapa de mi vida que finalmente había conseguido alcanzar. Bueno ¿y ahora qué? Christine Moore Ma Guire, de Neptune City, Nueva Jersey, estaba, por fin, después de tanto tiempo, en paz consigo misma.

Después de todo, quizá la vida fuese justa. La banda estaba terminando un tema que no reconocí y, con toda discreción, tomé asiento entre la multitud. Vi que el teclista le daba un codazo a Jim, y sonreí tímidamente al ver que mi marido tardaba en reaccionar al verme. Sin decir nada, Jim se sentó en el taburete del centro del escenario y las luces perdieron intensidad hasta quedar prácticamente apagadas. Tomó el saxofón y empezó a

tocar una impresionante versión de un tema muy poco conocido que había escrito para mí justo antes de casarnos.

Al reconocer la intimidad de lo que Jim estaba expresando con su música, sentí que se me arrebolaban las mejillas. Era como si Jim proclamara su amor por mí ante un par de centenares de extraños y me sentí muy halagada. Sentía que brillaba bajo la pálida luz de los focos del escenario y mi corazón se hinchó de orgullo ante el increíble talento de aquel hombre con el que estaba casada.

Me di cuenta de que hacía falta ser un artista para apreciar a otro.

Los chicos de la banda se ofrecieron a recoger el equipo tras el cierre del local para que Jim y yo pudiéramos marcharnos un poco antes. Dejamos la camioneta de Jim en el aparcamiento para que sus compañeros la cargaran y volvimos a casa en mi coche, como dos enamorados en su primera cita.

Yo me subí al asiento del copiloto, contenta de ceder el volante a Jim, mientras buscaba una canción apropiada en la radio. Unas gotas pesadas y enormes comenzaron a manchar el parabrisas justo cuando entrábamos en la autopista y, para cuando llegamos al cartel de «Bienvenidos a Neptune City», los truenos rompían el silencio de la noche y los relámpagos resquebrajaban el espeso cielo nublado.

Aparcamos en el camino de entrada y corrimos bajo la lluvia para refugiarnos a oscuras en el salón. Un relámpago iluminó la sala y yo, instintivamente, escondí la cabeza en el hombro de Jim. Al minuto siguiente Jim estaba acariciándome la cara con sus manos de músico y besándome de un modo que pensé que jamás volvería a experimentar.

Entre juegos y risas, sugerí bajar el colchón de nuestra cama al salón, para ver la última tormenta del verano. Y resultó ser una magnífica idea.

Hablamos hasta altas horas de la noche, mientras los truenos y los relámpagos salpicaban nuestras palabras y nuestros pensamientos más profundos. Había algo reconfortante en el manto de oscuridad que nos envolvía. A decir verdad, nos hizo más fácil la comunicación, puesto que nos aportaba el refugio necesario para las dolorosas emociones que nos teñían la cara. Hacía muchísimo tiempo que no hablábamos de aquel modo y empecé a sentir que nacía entre nosotros una nueva corriente de intimidad.

Protegida por la oscuridad, encontré fuerzas para bajar todas mis defensas y pedí perdón a Jim por haber sido tan fría y controladora. Le dije que estaba comenzando a entenderme mejor a mí misma y que toda mi tensión e irritabilidad habían sido fruto de mi propia infelicidad personal. Sabía que toda mi frustración tenía muy poco, o quizá nada, que ver con su comportamiento. Le prometí que desde aquel momento, dedicaría más tiempo a mis defectos y fallos que a proyectar automáticamente mis frustraciones en él.

Cuando acabé, se hizo un largo silencio y, hasta que no volvió a brillar otro relámpago en el cielo, no vi que las lágrimas corrían por las mejillas de mi marido.

Había llegado su turno. Esa noche descubrí cosas sobre Jim que jamás hubiera descubierto a plena luz del día. Descubrí su temor ante mi desaprobación, su miedo a no cumplir con mis expectativas como marido y padre. Me sorprendió ver que él también sufría inseguridades muy similares a las mías sobre su talento, su capacidad de relacionarse y, lo más increíble, su atractivo sexual. Se disculpó por su malograda carrera artística y admitió que no podía culparme por estar resentida con el hecho de haber tenido que volver a trabajar para mantener a la familia.

—Ya no me importa tener que trabajar —le dije, y así lo sentía.

Estábamos los dos juntos, tranquilos, tumbados bajo los truenos y los relámpagos. Pensé en lo desgraciados que habíamos sido por culpa de una delincuente cargada de alevosía llamada «falta de comunicación».

—He sido tan injusta contigo, Jim —me reproché con solemnidad—. ¿Cómo has podido aguantarme? En serio. ¿Qué te impidió hacer las maletas y largarte?

Noté que su mano agarraba la mía bajo la sábana y una extraña expresión le cruzó la cara. —Yo nunca te dejaré, Christine —me dijo con una voz rota por la emoción.

—¿En serio? —insistí, incrédula—. ¿Nunca? ¿Y por qué?

Jim vaciló una fracción de segundo. —Es que hay algo que nunca te he dicho —confesó—, porque temía que pensaras que estaba loco.

—Yo nunca pensaría eso —dije, con dulzura. —Hace unos diez años, más o menos cuando te conocí —comenzó vacilante, tras estrecharme la mano—, conocí a un tipo. Bueno, no era un tipo cualquiera, ¿sabes? —añadió, e hizo una pausa—. Era Dios.

Carraspeé. No pude evitarlo. Estaba desconcertada.

—Sigue —lo animé, tratando de mantener la voz calmada.

—Bueno —continuó, lleno de coraje, a pesar de la ansiedad que lo embargaba—. Me dijo que tú eras la mujer de mi vida. Me dijo que seguramente ambos nos daríamos lecciones dolorosas, pero que tú eras la única mujer en el mundo con la que yo debía compartir el viaje de la vida. —Guardó silencio y esperó—. Eso es lo único que necesitaba saber —concluyó—. Y he estado convencido de ello desde entonces.

Se me había formado un nudo en la garganta y me había quedado sin habla. Joe había ido a buscar a Jim. Eso es. Quién lo iba a decir, ¿verdad?

De repente, sentí que renacía la antigua atracción, aquello que no había sentido desde hacía años por mi marido. Aparentemente, el sentimiento fue mutuo, porque Jim se inclinó para besarme. Cuando lo hizo el corazón se me abrió de par en par y el amor contenido durante diez años salió a borbotones.

Luego, mientras observábamos tumbados la tormenta, Jim me contó que un productor que estaba trabajando en un nuevo programa de espectáculos nocturno había estado en el club aquella noche. Buscaba una banda

que completara el cuadro anfitrión del espectáculo y, según parecía, le había gustado lo que había escuchado. Jim y su banda tenían concertada una audición para el día siguiente en Nueva York y, si todo iba bien, les habían prometido un sueldo que bastaría para hacer realidad los sueños que Jim había aparcado muchos años atrás.

Lo irónico del caso es que eso ya no importaba. Lo que importaba en ese momento era que volvía a querer a mi marido, que teníamos dos preciosos hijos muy sanos, una casa y una maravillosa vida compartida. Por una vez, el dinero no tenía ningún sentido. Me quedé dormida en los brazos de mi marido y, al despertarnos, nuestros vínculos se habían fortalecido.

La mañana era clara y brillante. No quedaba ni rastro de la tormenta de la noche anterior.

Ese fin de semana libraba en el hospital, de modo que Jim y yo compartimos un desayuno ocioso y luego lo dejé en la estación de Belmar. Le di un beso para desearle suerte y me quedé en la plataforma hasta que su tren desapareció en la distancia, hacia el norte, hacia una bien merecida promesa de éxito.

Los niños no llegarían a casa hasta las nueve, de modo que me paré a tomar un café y luego decidí que todavía me quedaba tiempo para una agradable carrera por la playa. Aunque tendría que conducir un poco más, quería correr por la arena de Sandy Hook. Había algo en la inmensidad y la belleza intacta y agreste de aquel lugar que me atraía sobremanera. Al cabo de media hora, estaba haciendo estiramientos al lado del coche, mientras observaba el horizonte trémulo de una gloriosa mañana de septiembre.

Empecé a correr pausada y regularmente, al tiempo que observaba cómo las olas jugueteaban airosas contra la popa de una solitaria barca de pesca, a escasa distancia de la playa. Todo era tan perfecto que no me extrañó en absoluto escuchar el sonido de unas pisadas que avanzaban a mi mismo ritmo. Ni siquiera tuve que mirar. Sabía que Joe volvía a estar conmigo.

—Buenos días —me saludó, sin resollar.

—Buenos días —respondí, sonriente.

—Estoy encantado de verte tan contenta, Christine —comentó sin modificar su marcha—. Al parecer tú y Jim habéis tenido la oportunidad de arreglar un poco las cosas, ¿no?

—Es cierto —dije, y me reí. Entonces recordé lo que Jim me había contado por la noche y me detuve de golpe—. Así que también fuiste a buscar a Jim, ¿eh? ¿Por qué no me lo dijiste?

Joe rió con inocencia.

—Porque sabía que él te lo diría a su debido tiempo.

Me quedé inmóvil un momento y escruté el bello rostro de Joe. Estaba radiante.

—Te veo muy bien, Joe —dije, con toda sinceridad—. De hecho, estás radiante.

—Ver a la gente unida de nuevo alimenta mi espíritu —reconoció.

Seguí observándole bajo la dorada luz de la mañana para intentar grabar en la memoria la chispa, el entusiasmo y el amor que de él emanaba.

—Gracias por volver a mostrarme el camino —murmuré con delicadeza.

—Ha sido un placer.

—Ahora te marcharás, ¿verdad? —pregunté, a pesar de que ya conocía la respuesta. No sé cómo supe que mi tiempo se había terminado, pero lo supe.

—Ahora ya puedes arreglártelas sola, Christine —admitió, después de asentir con la cabeza—. Tengo fe en ti.

Con eso, me tomó la mano, se la llevó a sus labios carnosos y me regaló un largo y cálido beso en los nudillos.

—¿Esta vez no me dejas ninguna prueba física? —pregunté, esperando que me dejara algún recuerdo del tiempo que habíamos compartido.

Joe se limitó a sonreír y a guiñarme el ojo. Lo vi alejarse por la playa hasta su Harley. Me quedé quieta hasta que escuché el rugido del motor, y vi que alzaba la mano y levantaba el pulgar. Entonces, como una estrella fugaz, se alejó del aparcamiento hacia el sur, tierra adentro.

Me volví hacia el mar y me quedé mirando fijamente los destellos del agua con cierta melancolía. Al final, reposé la vista sobre la arena esponjosa y mojada de la orilla. Había algo escrito, y aunque las olas se paseaban por encima, no habían conseguido borrarlo. Llena de curiosidad, me acerqué y lo que vi me dejó si aliento.

Un enorme corazón con una flecha atravesada con un mensaje en su interior:

Joe ama a Christine. Para siempre.

FIN

* * *

**Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red
Digitalización: Nascav (España) - Revisión y Edición Electrónica de Hernán.
Rosario - Argentina
20 de Diciembre 2003 – 11:00**